



JAVIER RUIZ

INSOLACIÓN

INSOLACIÓN

INSOLACIÓN

JAVIER RUIZ

Insolación

© De los textos y edición:

2016, Javier Ruiz

javruizfernandez@gmail.com

www.doblandotentaculos.com

Primera edición: noviembre de 2016.

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Imagen de portada: ©KDP.AMAZON.COM

Queda permitida la reproducción de estos textos para el debate y la difusión no comercial, citando al autor y la procedencia original de los mismos.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Para mi sol de muchos rostros.

*¿Existe algo más despreciable que no escribir para
uno mismo?*

Índice

<i>Cosa Nostra</i>	9
Dobles parejas.....	27
Eje 16.....	44
<i>Full</i> de reyes	59
Divina Comedia.....	85
Cotidianeidad.....	104
Caminante, son tus huellas	120

Cosa Nostra

Sol del amanecer

Dos hombres en un coche; y un cadáver. Un cadáver en el maletero. En el cielo, el sol resplandece y calienta el asfalto que consigue tocar. Parte del pavimento se mantiene protegido bajo un clásico Eldorado Brougham del cincuenta y siete y otros cientos de coches que conforman el atasco. Debido a un accidente, la circulación del paseo marítimo avanza lentamente, lo suficiente para que Christopher y su compañero se detengan a ver cómo la estrella asciende desde el este mientras el Cadillac ruge con desasosiego cada vez que el conductor levanta el pie del embrague.

En el exterior, los servicios de emergencia tratan de cortar la hemorragia a uno de los dos chicos que cruzaban la calle cuando el camión de mercancías perdió el control. La policía intenta mantener a los curiosos lejos de la escena y la otra

víctima observa el cielo, con las cuencas vacías, ajeno a todo; nadie se ha molestado en esconder sus sesos, desparramados bajo una toalla playera, y el camionero mira a los jóvenes, catatónico.

—Menudo problema... —murmura Christopher.

—Todo esto va a retrasarnos durante horas, lo sabes, ¿no?

El mafioso arruga el morro y mira hacia atrás, hacia el maletero, donde un cuerpo más espera un entierro digno hacia el que no se dirige. Por suerte, no va a ser testigo de cómo lo descuartizan en el matadero y lo reparten en bolsas a través de siete estados. Pero eso es lo que va a suceder, al menos, si puede escapar de ese maldito atasco...

Nick acerca un cigarrillo hacia su compañero y este lo prende, distraído. Ahora, los servicios de emergencia han notificado la muerte

de ambos críos y se disponen a dejar libre la calzada para que el tráfico pueda reanudarse.

—Será cosa de un minuto o dos —dice Christopher.

—Seguro —confirma su acompañante.

Algo ocurre. Minutos más tarde uno de los policías informa por un megáfono de que el tráfico en la avenida permanecerá anquilosado hasta que el servicio pericial termine el informe: los semáforos están dando algún tipo de error; quizá esta sea la trágica causa del siniestro.

—Joder —maldice Christopher.

—¿Qué prisa tenemos? Este hace menos de una hora que murió y nadie va a echarle de menos.

—¿Tú qué sabrás? —pregunta el conductor.

—Confía en mí, tío.

Unos metros más adelante, una pareja de policías discute. Por lo que se oye, el forense sigue

ocupado en otro incidente que ha sucedido esa misma mañana en el centro de la ciudad y se retrasará, por lo menos, una hora más.

—¿Sabes? Es probable que estos críos hayan tenido *muchísima* suerte, Chris.

—¿Estás colocado o qué te pasa? Sus sesos están esparcidos por todo el paseo marítimo.

Nick no dice nada. Se limita a *mantener* los ojos en blanco.

—No, en serio —insiste Christopher—. ¿Qué coño quieres decir? ¿Qué *puta* morbosidad es esa?

—Piénsalo. ¿Qué edad debían tener? ¿Dieciséis? ¿Dieciocho? ¿Veinte años? Con algo de suerte, y como está el mundo, no habrán hecho nada demasiado jodido. Probablemente, ahora mismo estén en el Cielo, ¿sabes? ¿Crees acaso que nosotros vamos a pisar ese sitio? Con suerte, estaremos miles de años en el Purgatorio entre pecados veniales y mortales.

—Los pecados mortales te prohíben la entrada al Cielo, imbécil.

—Bueno, eso no es del todo cierto.

—¿Cómo? ¡Un pecado mortal prohíbe la entrada al Cielo! —exclama Christopher, nervioso.

—Sí. ¿Pero qué es un pecado mortal? De críos, el cura nos dijo que un pecado es mortal cuando cumple tres condiciones: que sea *gravemente malo*, que al hacerlo la persona *sepa* que es grave y que *quiera* hacerlo.

—No me jodas.

—¿Cuántos asesinatos has cometido, Chris?

—Nueve.

—¿Estás contando el...

—Diez —se corrige Christopher.

—Yo había matado a treinta y uno, y sabes que no habría quedado ahí la cosa. Estoy

convencido de que no voy a ir al Infierno, tío. Somos soldados, y los soldados tienen una misión, ¿o no? No es algo que estemos disfrutando, ni que hagamos por afición. Nunca lo ha sido. Además, seguro que cuando llegues, tenemos un montón de compañía...

Cristopher coge el paquete de Marlboro de la guantera y prende otro cigarrillo. Nick tiene razón: matar no es algo que haya hecho nunca por placer. Excepto durante la muerte de Aldo, el Gordo, aquel cabrón napolitano...tenía huevos. Pero aquella vez, todos sabían que el viejo Aldo era su peor enemigo. Incluso Jesucristo, en su infinita bondad, se hubiese tenido que contener para no atizarle una patada en los cojones.

El atasco se descongestiona un poco. Los primeros coches que habían sido retenidos se ponen en marcha. Cientos de motores aúllan a escasas revoluciones, pero la circulación vuelve a detenerse poco después. Hay decenas de policías en rededor, pero ninguno se toma la molestia de coger un

megáfono e informar. Los primeros cláxones empiezan a sonar hasta que media avenida está aporreando el volante, los nervios se exaltan unos contra otros, como piezas de dominó.

Christopher, por un segundo, se plantea quitarle el seguro a la Glock y vaciar el cargador en la cabeza del gordo de mediana edad que conduce el todoterreno de su derecha. Después prescinde de los cientos de conductores que gritan a pocos centímetros de su cara y se centra en la conversación.

—Entonces, estos chavales han tenido suerte porque no han tenido tiempo de pecar, ¿no?
—pregunta a su compañero.

—Exacto. ¿Cuánto más hemos vivido nosotros en este mundo?

—Joder, tío. Eres un cretino.

—¿Cuánto?

—Quince o veinte años más, supongo.

—Y hemos matado, robado y dañado a cientos, sino miles de personas, ¿o no? Ellos entran directamente, mientras que tú vas a agradecer que no se te pudra el espíritu del tiempo que vas a pasar purgando tus pecados.

—Espera, espera. Hay un montón de gente pecando por ahí. Y, según tu punto de vista, ¿Dios y los suyos van a juntar en la misma cárcel a una madre suicida adicta al *crack* con un violador de niños?

—Creo que los suicidas van a un Infierno eterno, y jamás pueden acceder al Cielo.

—¡Venga ya! ¿Cómo puede ser? ¿Dios perdona a los violadores de niños y no a una madre que se suicida porque tiene problemas con la coca?

—Eh, los negros son muy religiosos, deberían aprender los preceptos del cristianismo antes de empezar a fumar piedras.

—Joder, tío. Eso es *jodidamente* racista. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? Los negros no son los únicos que toman *crack*.

Christopher apaga un cigarrillo y, súbitamente, enciende otro ayudándose de un Zippo cromado con la frase *WE DON'T*. Se descubre sudando, fruto de la acalorada discusión que, hoy, en vez de resultarle graciosa, le está poniendo histérico.

Una agente de policía se acerca al coche y termina de perfilarse con calma la línea de carmín de los labios. Por un instante, parece dejar que su mirada se pierda a través del vehículo: en los asientos traseros hay varias toallas de playa, unas carpetas con documentación de la carnicería y un neceser. A continuación, mira divertida a Christopher y le dice:

—A nadie le gusta quedarse en un atasco sin nada que hacer, pero tranquilícese, lleva una hora gritando y no ha avanzado un paso, ¿verdad?

Pruebe a cerrar el pico un rato y aproveche para relajarse y no hacer *nada*. Pruébelo, en serio. —La policía se da media vuelta y el conductor, apoyado en la puerta del copiloto, mira cómo la joven se aleja hacia un par de agentes que mojan varios *cannoli* en un gran vaso de café de Starbucks.

—Puta globalización —comenta Nick.

El sol de la mañana pega con fuerza, y Christopher lanza la chaqueta hacia los asientos traseros y coge una toalla de playa para colocársela encima de la cabeza. Durante un buen rato sigue el consejo de la agente de policía. Poco después, los gritos de un hombre de mediana edad le informan de una escena a sus espaldas.

La policía ha terminado por detener a un viejo que no dejaba de golpear el claxon de su coche. Llevaba tanto rato haciéndolo que, probablemente, la mayoría había terminado por interiorizar el sonido. La mayoría, excepto un oficial de unos cuarenta años que se ha manchado

la camisa entre bocinazo y bocinazo. Ahora, el viejo gimotea esposado a un lado de la calzada mientras el policía le grita y le atiza empellones hasta hacer que choque contra el coche patrulla. Los compañeros mantienen al resto de curiosos lejos de la escena.

—Somos soldados, Christopher. Y siempre estamos en guerra —dice Nick.

—¿Y si Dios no existe? —pregunta al aire.

Sol de mediodía

Días antes de entrar a formar parte, Christopher mató a un chivato que era familia política del *consigliere*. Aquella noche, Thomas había dejado a su mujer y a su hijo recién nacido en el Hospital del Centro y había conducido veinte minutos hasta un motel cercano a los límites de la ciudad.

La familia creía que, allí, se iba a reunir con Allison, una rubia con unas tetas enormes que se

rumoreaba que frecuentaba a los negros y a los chicanos por igual, y que, oficialmente, no tenía ninguna relación con un padre de familia que, públicamente, trabajaba en el sindicato de camioneros. Sin embargo, Thomas y Allison habían tenido varios encuentros demasiado casuales durante las últimas semanas, y ninguna de las dos partes se había contentado con follarse mutuamente y largarse a sus respectivas casas de mierda.

Al contrario, Allison sabía que los chicanos de la zona norte habían mantenido un interés tradicional por los negocios del transporte, y que los negros habían estado tensando y dificultando las relaciones con otros negocios como el tráfico de armas y drogas en los que solían chocar en la calle. La pareja, por lo tanto, había intentado apuntarse un tanto, cediendo información hacia los Reyes, la principal banda latina de la época, de origen colombiano, que habían estructurado un ataque rápido para obligar a las familias a negociar, e incluso paralizar uno de los pocos activos legales

con los que se mantenía el flujo de dinero durante los malos tiempos.

El sol del mediodía se reflejó en las gafas de Christopher, quien estaba devorando un bocadillo mientras su compañero dormía profundamente. Era la sexta hora de aquel atasco, y los vehículos seguían con el chasis ardiendo.

—¿Cuánto hace de todo aquello? —
interroga Nick a su compañero.

—Casi ocho años.

Entonces, las cosas todavía eran diferentes. Cuando empezó la reunión, un chaval joven, de no más de veinte años se colocó en la puerta con una antigua AK-47. La correa del Kaláshnikov reposaba tranquila sobre el abultado abdomen del vigía y ya no se despegó de él por sus propios medios.

Había bastado una llamada desde una cabina cercana a la Estación Central —donde Tom

recogió a Allison— para que siete coches con soldados de la familia le alcanzasen a la altura de la interestatal. Fue en la salida 10, no muy lejos de donde estaban ahora hirviéndose al sol; los coches habían reducido la velocidad y se habían ido distanciando de la pareja para no levantar sospechas, y, entonces, todos habían quedado aparcados a poco más de doscientos metros de la antigua casa donde veraneaban los Baroffio, cuyo último miembro había destruido casi cien años de fiel servicio hacia la familia Gambeno.

Christopher acariciaba su semiautomática mientras intentaba recordar si el primer tiro le alcanzó la cara o el cuello. Recordaba cómo habían roto varias ventanas y obligado a los presentes a abandonar el salón con algunos botes de gas mostaza recuperados de la Operación Zorro del Desierto durante la Segunda Guerra del Golfo.

La mayoría había salido corriendo hacia el exterior, y, por consiguiente, habían sido ejecutados por una decena de tiradores que se

protegían con escudos de policarbonato. Cuando entraron al interior, alguien había disparado contra el chivato y la peor parte de la historia se la llevó Allison DiGenovese, quien fue torturada durante días hasta que los viejos se aseguraron de que nadie más estaba implicado.

—Fue ejecutada en Salt Lake City, ¿verdad? —pregunta Nick.

—De Granview Peak al cielo de Utah —contesta Christopher.

—Entre nosotros, al final, todo se resume en cuántas ejecuciones puedes presenciar hasta el final, supongo —dice Nick, apesadumbrado.

—¿Crees que la religión es una excusa? Quiero decir, todo el mundo está haciendo algo que no debe, ¿no? El que no come cerdo se está follando a la mujer de su vecino, y el otro está rebanando el cuello a unos críos. Los cerdos de Wall Street, que son el modelo de referencia del ciudadano medio, están robando y engañando a

todo el que pueden, jodiendo la vida a cuantos les rodean sin necesidad de un arma.

—Es una forma de ver las cosas.

—¿Y quién te dice que hace dos mil años un *pirado* que se creía el hijo de dios no soltó toda su mierda frente a otros pirados?

—La gente cree lo que quiere creer, eso es cierto. Aunque ese truco del agua en vino, o lo de resucitar a los muertos, debía estar bastante bien.

Sol del ocaso

Christopher mira hacia atrás. Al maletero. El honor, el silencio, el sentimiento de pertenencia a un grupo. Nadie fuera de ese círculo podrá jamás entenderlo. Mientras unos se pasan la vida entera buscando cómo hacerse ricos, triunfar en los negocios y conseguir follarse a esa tía de grandes tetas y reventarla en una mesa de billar, otros lo hacen. Quizá nadie tiene más miedo a morir que un

mafioso y, a la vez, nadie está tan aliviado de que no exista el paso siguiente a la tumba.

—Probablemente, eso nunca sucedió como nos lo contaron, ¿verdad? —comenta Christopher viendo cómo los coches empiezan a arrancar, uno tras otro.

—Eso no hace que tu decisión haya sido la mejor, Chris —explica Nick.

—Ni la más acertada. ¿Sabes? Quizá es mejor que después de toda esto no haya nada. Seguro que terminaremos jodiéndole de un modo similar: con semáforos, y trabajos basura, y racismo... Y allí, no podríamos matarnos entre nosotros.

—Supongo que sí, pero me niego a estarte agradecido.

Eldorado Brougham arranca en dirección hacia las afueras de la ciudad. Mientras, el sol cae por el horizonte, como cada día. Y no hay nada de

poético en el aire. Solo un cuerpo en el maletero.
La agente de policía da paso a Christopher y este
arranca, arranca hacia las afueras, y ella la guiña un
ojo, le guiña un ojo y se pierde tras de sí.

Dobles parejas

Sol olvidado

Él no sabía lo que quería. Nunca. Quizá por eso se le daba tan mal escribir sobre los pocos amores que tuvo. Cada vez que lo intentaba, que intentaba ocultar lo que sentía bajo alguna historia inventada, fracasaba estrepitosamente y, de igual modo, ocurría en sus relaciones, que eran largas por miedo, convulsas por naturaleza y amargas por decisión propia.

Durante semanas, sino meses, garabateó ideas en una libreta, y las hizo crecer desde ese primer germen del concepto desnudo. Juró para sí que escribiría siete capítulos, y que al menos uno tendría que pulirse y rehacerse en incontables ocasiones. Lo imaginó como un lunes cualquiera; un lunes aburrido, rutinario, incluso un lunes de resaca dependiendo de cómo se hubiese portado el fin de semana; un lunes cuyas asperezas debería lijar, donde habría palabras que seguro sobaban,

ideas inconexas que se habían ahogado entre el huir de su musa y la llegada de la mediocridad, y quién sabe qué más.

Dio título a los siete capítulos como hacen los malos escritores; como esperan los malos lectores que se fían de la primera impresión, de las apariencias, de una cabecera extravagante que se cuele en su psique; como todos esos seres que arrugan el morro tras la primera hoja, y olvidan aquella emoción que sintieron una vez y que están obligados a buscar página tras página hasta chocar con la contraportada.

De cualquier modo, sería necesario seguir remarcando lo anómalo que le resultaba este contexto: lo malo que era; pues era tan malo, tan malo, tan malo en esas cosas del amor, que años más tarde oiría llorar a su mujer y confundiría ese sonido con el arrullar de las palomas que anidaban en la fachada de la casa.

En este contexto, tituló el segundo capítulo como *Dobles parejas* dispuesto a hablar de cuánto nos engañamos a nosotros mismos, de cómo nadie debería juzgar un libro por su portada y de qué poco debería importar que dos, tres o cuatro personas siguiesen aquel Macguffin romántico de los dictados del corazón.

Al pasar de las semanas, terminó por garabatear *mierda* con grandes letras rojas en todas y cada una de las páginas del borrador y destrozó, sereno, cada una de las hojas que componían esa primera versión del texto: así supo que no solo no era bueno, sino que era terrible, y actuó conforme a su potestad de creador omnisciente que siempre prefiere afrontar el peso del fracaso al de la vergüenza futura.

Sin embargo, víctima de lo que pudo ser y no fue, el escritor comentó a un compañero algunas de las ideas de todas y cada una de esas historias; vacilando entre si esa inquietud que, de algún modo, no había podido quitarse de la cabeza,

atendía al fracaso de una parte de su proyecto o a la incapacidad de encontrar palabras con las que vencer su peculiar bloqueo.

Por descontado, él sabía que había millones de personas que no sabían amar, personas que, quizá, olvidaron cómo o nunca tuvieron oportunidad, eso no importaba; quizá amar no era tan sencillo como lo pintaban las películas de Hollywood, donde al volver a encenderse las luces, nadie veía si Humphrey Bogart terminaría por cagarla o no.

—Explícame el argumento —dijo su acompañante.

El escritor se negó, hasta tres veces, pero fruto de un deseo siempre oculto de que la historia viese la luz, terminó por acceder. Como testigo mudo de la misma, diré que no era gran cosa. Se movía entre temas complejos, como el deseo, las apariencias y el amor, sin comprender, ni por equivocación, la individualidad de cada una de

ellas. No empezaba mal; presentaba a dos parejas que se habían separado para pasar el día juntos con amigos: ellas con ellas, y ellos con ellos, sin saber que, a espaldas del resto y con la sombra del matrimonio bien próxima, también mantenían una relación como amantes.

No estaba planteada en clave de humor, y es probable que ahí radicase parte del problema: en especial, cuando la historia se cerraba sobre sí misma volviendo a cambiar de parejas por tercera vez. Tampoco tenía nada de sensual, porque la prosa era excesivamente racional como para funcionar a otros niveles y el deseo era demasiado ficticio para imaginarlo realidad. Parecía otra cosa; algo así como el intento desesperado de explicar una historia dentro de otra historia. Aquello que cualquier texto busca y donde aquí únicamente difería la capacidad de saber cómo engañarse a uno mismo frente a la intención sincera de engañar a todos los demás.

Cuando terminé de beber, perdí el rastro del punto en el que se quebró aquella vieja historia que, palabra a palabra, desaparecía en mi presencia; y seguí bebiendo para empezar algo completamente distinto. Aquello que debían ser esas dobles parejas, esa jugada que puede darte una victoria tanto como obligarte a ir de farol durante toda una mano... Y es que quizá tenía que haber empezado por ahí, porque ¿de quién era la mano?

Sol recordado

Para entender la historia, la historia que debía haber sido aquí narrada desde el principio, hay que recordar que, por mucho que se empeñen Falcones, Marsé o Zafón, Barcelona es mucho más que La Ribera, el Carmelo o el Arc del Teatre.

Lo que define a Barcelona son sus gentes y sus barrios, y no existe un contexto mejor para esta historia que la periferia bajo la Sierra de Collserola,

donde durante aquella primavera se escuchaban sirenas perennes, se rastreaban las huellas de los jabalís durante la madrugada y ese cosmos verde que casi parecía fantasía nos permitía escapar del carácter abruptamente cosmopolita del que la ciudad había decidido beber como de las aguas del Leteo.

Pero para entender verdaderamente la historia hay que recordar que el agua y, concretamente, una fuente son una parte fundamental de todo lo que quiero explicar. Es el punto de inicio, porque está justo en el centro de la historia que aquí empieza, y también es donde concluye, donde se cierra.

No te preocupes, ya lo verás; ahora he cogido el ritmo adecuado, y no voy a detenerme...

Prosigo.

Al barrio se mudó un chico una vez pudo independizarse. Lo hizo a un pequeño piso bajo la

montaña, un segundo que lindaba con el extremo más bonito de Barcelona. Nunca tuvo la necesidad de compartir ese espacio y, por suerte y con algún deshonroso traspies entre medias, terminó por encontrar la justa medida entre libertad y responsabilidad.

Durante la mudanza, una compañera de la universidad y su novia le ayudaron a mover los trastos. Una de ellas se llamaba Enara, que en vasco significa golondrina, y su chica era Sofía, una catalana que, a causa de su encontrada sexualidad, había perdido la relación con sus padres.

Tras los primeros días de independencia, decidió escribir esta historia, si bien no conocería el final de la misma hasta mucho tiempo después, alimentando desde el inicio dos nombres falsos como parte indisoluble de la misma, recordando que nadie tiene una verdad absoluta, pero que todos somos cobardes alguna vez.

Todo esto ocurrió a mediados del tercer año de la licenciatura, cuando Enara volvió a la facultad y él pudo verla día tras día. Como hábito, rápidamente adquirió el guardarle un sitio a su lado, y a causa de esto a menudo peleaba con los compañeros y compañeras menos afines sin tener muy en cuenta sus opiniones; con los cercanos, en cambio, solo tensaba hasta que las sospechas pudiesen convertirse en certeza, y allí cedía como si no le preocupase no poder estar cerca de ella todo el tiempo posible.

Enara no tenía el atractivo estándar de otras mujeres; era alta y esbelta, y también muy femenina, sus pechos eran grandes y su cabello, de un pajizo claro, se enredaba entre bucles rebeldes que alguna vez alisaba sin paciencia. Pero Enara no era porcelana, sino jade; no era *kinsutgi* de oro y cerámica, sino de plata o de resina; ella era mucho más especial porque el mundo estaba ciego.

En estos casos, la literatura acoge una vía y el mundo real se desvía por otra muy distinta, pero

a veces no hay nada más necesario que una fantasía vivida de principio a fin. Así que, aunque parezca contrario a estas mismas letras, en el transcurso de esta historia todo ocurre de un modo mucho más natural de lo que nadie imaginaría.

Todo siguió igual.

Desde fuera, la vida transcurría del mismo modo en que lo había hecho miles de días atrás. Las horas pasaban y el cambio no era más que un lento vaivén que nadie podría haber advertido. Un día, sin que nadie tuviese constancia, el círculo se amplió y empezó a girar alrededor de una persona más; quizá fue la insistencia o el deseo por que algo ocurriese que, en tal caso, superó al miedo. Pero llegó natural, como una larga caminata que amenaza con terminar de un modo literal y figurado.

Fruto de estos cambios, él empezó a observar. Imposible saber qué había visto Sofía en Enara. Desde el principio, quiso creer que no era

distinto a los sentimientos que empezaban a despertar en él tras más de tres años adormecidos por obligación; pero no podían ser los mismos. Sofía cortaba sus alas, se arremolinaba inquieta entre la obligación y el deseo, entre la amenaza y los celos continuos. Enara debía vivir por y para ella, y al cabo de un tiempo, todos entendimos que el deseo no es suficiente para mantener a dos personas unidas.

Esto hizo que Sofía se recluyera en una torre de vidrio junto a su amada. Lejos del mundo que creía que las amenazaba. Curiosamente, él nunca se sintió juzgado de ese modo, si bien, en retrospectiva, terminó por convertirse en un blanco fundamental de su ira.

Durante la primavera, todo siguió igual para ellas dos, pero de algún modo, él, como actor invitado al que no se le negó el paso por aquellas puertas, llegó a creer un par de veces que se encontraba en el centro de la escena, sin saber muy bien si su intuición era acertada o no.

Ahora, quizá empiezas a imaginar hacia dónde va el siguiente párrafo. Quizá mucha gente —muchos hombres también— piensen que ese chico buscaba algo con lo que sueña una gran mayoría, pero ese hubiese sido un triste consuelo. Estaba allí, y no era extraño que sus pasos por el barrio se encaminasen hacia el edificio de donde ellas salían para trabajar, pero, mientras pudo contener el deseo, siempre intentó mantener una distancia prudente.

Cuando fue consciente de sus sentimientos, no se apartó. ¿Cómo podía? Lo que hizo fue intentar llamar la atención de otras chicas desprovistas del espíritu que ya le había enamorado; buscaba el modo de ser mejor persona, de ser más listo, más gracioso, mejor; como si aquello cambiase por influjo divino la sexualidad de una persona. ¿Intentaba acaso darle celos con su comportamiento o más bien comprobar que debía dirigir sus pasos en otra dirección?

De cualquier modo, no pasó nada de lo que narran las películas y los libros. Claro que no. Siguió saliendo con ellas, moviéndose por el barrio, proponiendo planes y acogiendo otros con ilusión; siguió viviendo en paralelo. Sintiendo que había una vida por vivir y otra que soñar, como un horrible film de Woody Allen con una Annie Hall lesbica que se le escapaba por todo el sur de la isla de Manhattan.

Una noche, Sofía fue al baño, y él y Enara se besaron. Él no la besó. Ella tampoco. Simplemente sucedió. Algo explotó. Sentados en el sofá supieron que no podían detenerse, pero lo hicieron tan rápido como todo aquello había empezado. Quizá ese beso duró un minuto entero, o solo unos pocos segundos, pero después de aquello, se marchó.

Los días siguientes —las noches, en realidad— las pasó tumbado en una esquina de la fuente que contextualizaba esta historia. A veces, bajaban jabalís de las montañas cercanas y él se

preguntaba si esos animales comprendían qué hacía allí mirando una fuente de periferia pasada la medianoche. Días después, se descubrió llorando y mezclando la sangre que brotaba de sus nudillos contra los límites del estanque; quedó plantado, mirando el cielo y se encontró con un sueño inesperado en plena calle y un despertar fulgurante con el sol del alba. Tiritando de frío volvió hacia su piso, a sabiendas de que ningún río puede cambiar el curso de sus aguas.

En las historias, un gesto lleva a otro gesto, pero en la vida real, no siempre es así. A los tres días, tuvo la certeza de que un beso puede ser solo un beso; no obstante, un beso también puede cambiar la dirección de nuestro mundo. Lejos de romanticismos, un beso puede llevarnos hacia un futuro distinto, y también al mayor de los fracasos; un error que estaremos condenados a recordar por siempre, un gesto que pudo cambiarlo todo, una vida entera de anhelo. Con estas ideas en mente,

volvió a ver a Enara. Fue un viernes en su casa, y también estaba Sofía.

Nada había cambiado. Todo había cambiado. Para él, aquella noche se movía entre demasiadas hipótesis y conjeturas, y la propuesta de un paseo al que Sofía se negó a unirse, le dio fuerzas para hacer la mayor estupidez de su vida. Sentados en la fuente, no pudo evitar querer besarla. Y quizá lo hizo. Quizá ocurrió exactamente lo mismo que aquella primera vez, o quizá toda la culpa recaía ahora en él. No le importaba.

Le dijo que no quería perderla como amiga.

Le dijo que la quería.

Le dijo que no podía hacer nada para evitarlo.

Le dijo muchas más cosas.

Ella escuchó.

También quiso proteger. Reparar. Buscar una salida honrosa para todas las partes. Pero lo cierto es que aquella fuente ya había ofrecido toda la suerte de la que alguna vez fue capaz, y no atendió a más súplicas. Por eso terminó por secarse. Por eso los peces murieron y los jabalíes volvieron a la montaña, o fueron tiroteados bajo la insensible mirada de un cazador. Todo exige un sacrificio, y en los meses siguientes fueron muchos los que se sucedieron.

Después de escuchar, Enara habló. Habló mucho. También con Sofía, quien no quiso escuchar. Pero sobre todo habló con el protagonista de esta historia. De todo lo que hablaron, sin embargo, solo hay dos cosas importantes a recordar: la primera fue una de esas promesas tan pretenciosas de que, pasara lo que pasara, seguirían siendo amigos; la segunda no se pronunció con palabras.

Al final, olvidaron la fuente. El barrio se convirtió en un lugar en el que recordar aquellos

días de incertidumbre por ambas partes; cuando se mudaron, se casaron y fueron tan felices como supieron, los peces, el agua, los juncos fueron un recuerdo más que mantener recogido en sus corazones. Allí, el agua de la fuente todavía se oía caer con fuerza, mientras el valor de una simple metáfora se avergonzaba profundamente de que dos simples mortales le hubieran hecho creer, aun por un instante, en la existencia del destino.

Todo eso ocurrió en la periferia de Barcelona y, sabiéndolo, ¿quién no elegiría el verde sobre el gris?

Eje 16

Sol del alba

Javier y Pipo, cuyo apodo nadie sabe de dónde salió, dejaron la estación de metro con una idea forjada a fuego en sus mentes; día tras día, hora tras hora, examen tras examen, el concepto se había enquistado en sus cabezas: aquel día nada, *ni nadie*, iba a evitar que, si la sangre de sus venas no abandonaba prematuramente su cuerpo, tuviera que pasar unas cuantas veces por un alambique antes de volver a ser introducida limpia en sus respectivos organismos.

Eran jóvenes, eran estudiantes, eran románticos y, por encima de todo, eran total y absolutamente imbéciles. Por eso, aquel día, se disponían a beber en la playa hasta que el cuerpo aguantase y, sin embargo, no llegaron a probar ni una gota de alcohol. Por el contrario, fueron embestidos, arrastrados y lanzados contra el arcén por cruzar por donde no debían; como resultado, el

conductor de uno de los camiones de reparto del empresario francés Jacques Lacgarde tuvo un inesperado incidente en el paseo marítimo cuando se disponía a abandonar la ciudad camino a Lyon. Quedó catatónico.

Después, prefirieron no acercarse hasta sus cuerpos y flotaron, todavía en *shock*, largo tiempo.

A media mañana, el hecho de haber preparado todas aquellas chuletas para las convocatorias finales, e incluso haber madrugado un miércoles sin necesidad, parecía estúpido y, entonces, uno de los dos, *n'importe qui*, advirtió que su existencia no había llegado a su fin.

Bueno, estaba claro que ni los servicios de emergencia, ni los curiosos, ni la policía local podían verles —ni ayudarles—, que los coches podían atravesarles de forma menos abrupta que la primera y última vez y que el mundo se planteaba en un gris oscuro bastante menos atrayente que los escenarios en RGB.

Sol monocromo

—Quizá de la hostia hemos perdido parte de nuestros fotoreceptores —comentó Pipo, recordando las explicaciones del profesor Edmonton sobre conos y bastones.

Javier pensó que su amigo era realmente idiota y probó a suspirar sin éxito.

—OK. Nos atraviesan los coches y nadie nos ve. Esos cadáveres son nuestros. Estamos... muertos. ¿Pero por qué seguimos *aquí*? ¿O por qué no tenemos compañía?

—Quizá es algo así como el *limbo*. Como en Pedro Páramo, del mexicano aquel.

—¿El protagonista estaba muerto?

—No quiero saber qué coño has respondido en la tercera pregunta, tío. Si me hubieras hecho caso, sabrías que era la típica conclusión estilo “Bruce Willis” en *El sexto sentido*.

—Bruce Willis en... ¡Joder, colega! ¡Cállate! —gritó Javier como si el hecho de que le destripasen otra película más tuviese importancia.

—También Nicole Kidman en... —pero, esta vez, Pipo no terminó la frase. Lo de Grace y sus hijos se le asemejó demasiado a su situación actual.

Durante un rato, observaron el atasco que el accidente había provocado. El camión había volcado y ocupaba varios carriles, y ante la imposibilidad de que el resto de vehículos siguiesen hacia delante, la policía decidió cortar la vía, acordonar un amasijo de vísceras y mantener una distancia de seguridad.

Ellos se pasearon sin prisa entre los coches. En un primer momento, rehuyeron esa idea tan morbosa de contemplar tu propio cadáver. Algunos conductores estaban desesperados por llegar al trabajo, otros golpeaban el claxon sin ningún control; también los había más estoicos, tomando café al sol e incluso verdaderos hijos de puta, como un tipo que resultó que conducía con un cadáver en el maletero. Habían desaparecido, y la rutina se sucedía segundo a segundo.

También fantasearon con esa idea tan literaria de cosas que puede hacer uno cuando está muerto, e intentaron llevarla a la práctica. No tardaron en encontrarse con una respuesta golpeando donde más duele: eso no iba a suceder, nada de nada. No podían salir de allí, ese atasco era su vida ahora, y las calles que se veían a unos cuantos metros de distancia se habían convertido en una frontera insalvable.

Al llegar a la esquina, parecía que el mundo se doblase sobre sí mismo; al dirigirse hacia la playa, imposible avanzar más allá del horizonte de edificios... Como una pecera o unas cuantas piezas de atrezo diseminadas con meticulosidad: no había nada que pudieran hacer. Así que se sentaron en el centro de todo el meollo y dejaron las horas pasar, sabiendo que, aun sin verlo por ninguna parte, había un reloj que terminaría con ellos antes o después.

Tras diecisiete cambios de semáforo, se percataron de que tampoco se oía nada, excepto sus propias voces. Por un instante, dudaron si esto había sido así desde que la escena se volvió monocroma o había decaído a lo largo del tiempo.

Con el tiempo ocurría algo similar. ¿Qué era el tiempo sin acción ni posibilidad? El semáforo había hecho casi dos decenas de cambios, pero eso podía ser un minuto o una vida entera. Al final, sin decir nada, ambos supieron que un segundo podía ser la eternidad, y notaron como se clavaba un

sentimiento de alivio y ambivalencia que les acompañaría hasta el final.

—Si esto es el limbo, ¿dónde están los gusanos que se comen nuestras lágrimas? — preguntó Pipo.

—Eso es el Ante Infierno, subnormal — contestó Javier, más crispado de lo que él mismo habría reconocido.

—Vale. Pues me siguen faltando un *porrón* de filósofos clásicos.

Javier no dijo nada. Intentó rascarse la barba, nervioso, como solía hacer, y descubrió que esa acción no estaba programada en el particular código fuente de su nuevo hogar; también intentó suspirar de nuevo, sin éxito.

—No parece que vayamos a alimentar a los gusanos con lágrimas, pero se van a poner las botas con lo que queda de nosotros —comentó, finalmente.

Pipo se limitó a asentir. Después formuló la pregunta prohibida:

—Oye, te parecerá una tontería, pero...

Javier miró en su dirección, sin comprender.

—¿Vamos a mirar cómo nos ha dejado el cabrón del camión al atropellarnos?

—Se me ocurren al menos tres buenas razones para no hacerlo...

—Vale, vamos —concluyó.

Mientras se acercaban a los cadáveres, se encontraron con todo tipo de individuos agolpados frente a las vallas. Tipos y tipas aburridos del atasco que parecían querer su propia versión de sangre y vísceras en directo. Más tarde volverían a sus casas y se preguntarían cómo es posible que dos cuerpos amputados y reventados contra el arcén no les impresionasen, culpando a la televisión, al consumo de carne, a los videojuegos o

al cine de acción norteamericano. Por suerte, aún eran minoría.

—Hay sangre aquí para llenar una piscina infantil —señaló Javier, indeciso.

—Esa es una de tus piernas... creo —comentó Pipo, señalando con el dedo a unos quince metros. Uno de los miembros había salido despedido hasta la acera y había sido acordonado.

Los rostros se habían conservado parcialmente intactos; los dos imaginaron que debían tener traumatismos como para jubilar a un par de escáneres de resonancia magnética, pero casi era peor llegar a reconocerse en el suelo.

Con respecto al plasma sanguíneo y al *cordón bleu* resultante admitieron que no les había sorprendido tanto como esperaban. Sin embargo, las caras de descomposición de la policía y algunos mirones denotaron que eso de la sensibilidad emocional pasaba a otro nivel cuando te arrastraban

cien metros por el arcén de una carretera y te despertabas muerto.

Sol desdibujado

Tras noventa y seis cambios de semáforo, el tráfico empezó a fluir. Los servicios de emergencia recogieron sus trozos con ayuda de los bomberos; Pipo pudo escuchar cómo uno de los basureros se quejaba de lo que costaba quitar las manchas de sangre del asfalto, mientras Javier empezaba a plantearse qué sentido tenía todo.

Ninguno de los dos había sido una persona religiosa en vida. Naces, vives, *te joden* y mueres. Después, no hay nada; como mucho, sirves de abono a las plantas, conviertes tu materia en materia con otra forma; desapareces. Por el contrario, entendía que podía estar equivocado, que el Infierno existiese de verdad, y que aquello fuese algo similar. Eso le jodía por partida doble, ya que siempre había creído que el Infierno eran los

demás, al menos tras leer a Sartre, y aquí se unían filosofía, literatura y religión encima.

¿Qué significa estar vivo? ¿Hacer cosas? ¿O sentir que el resto *ve y opina* sobre lo que hacemos? Si existía un dios en ese mundo, debía ser un verdadero malnacido, un demiurgo malvado y cruel que les había unido para que se torturasen entre sí.

Por suerte, Pipo le ayudó a desviar sus pensamientos con la siguiente pregunta:

—¿Te has fijado que ninguno de nosotros sabe lo que significa estar vivo? —comentó.

Javier le miró sin comprender, pero esta vez no intentó rascarse el mentón; tampoco suspirar, porque le había sorprendido positivamente la apreciación.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a que no aprovechamos el tiempo?

Pipo negó con la cabeza. Ese gesto si se había programado en su propio Infierno.

—El tiempo es una invención humana, ¿verdad? Quizá lo perdemos o quizá no, pero se trata de una magnitud física que, al final, tampoco cambia nada.

Ambos se sentaron en el extremo de la calle y anhelaron el sabor de una cerveza fría en botella mientras el sol continuaba desdibujándose en el horizonte.

—Puedes integrar tu vida dentro de un principio y un final, pero eso no la define, ¿no? —interpretó Javier.

Pipo asintió.

—Pero estar vivo es hacer cosas. Moverte. Vivir nuevas experiencias. Aunque mantengas una rutina total, mientras estás realizando esa rutina, puedes estar seguro de que estás vivo.

—No sé. No termino de verlo así. Lo primero está claro: el presente es la eterna ausencia de futuro, aunque siempre se viva mirando hacia

adelante; pero lo que define la vida es ser o no ser para el resto. ¿Estamos muertos porque nos ha reventado un camión o porque antes o después dejaremos de estar presentes para el resto del mundo?

—Quizá ambas cosas.

—Quizá.

A posteriori, siguieron discutiendo sobre qué significaba la vida, y si, así como la vida no podía comprender el sentido de la muerte, la muerte tampoco respetaba la esencia de esta. Sobre esto acordaron que les hubiera gustado ser mejores muertos, de aquellos que pueden caminar por el largo y ancho de la tierra y discutir sobre las mayores cuestiones de la humanidad.

Pero para ellos, lo que fue, fue. E incluso aunque les hubiera gustado pasar por los nueve círculos, cual *sitcom* yanqui donde conocer a Tristán, a Platón o a Cleopatra, imaginaron que, de existir, ya habría demasiados fosos a estas alturas, y

que quizá no quedaban ni círculos ni giros para más pecadores.

Cuando todo había vuelto a una tensa normalidad para los vivos, quedaron en silencio por unas horas. Hasta que el tráfico se intensificó por segunda vez tras el rapto. Entonces, uno de ellos dijo:

—Hubiese estado genial ver tumbas en llamas o al Minotauro.

—Bueno, déjate, que acabamos de llegar. A lo mejor aparecen por aquí Dante o el Bosco y nos indican el camino —contesto el otro.

Noche

A medida que el semáforo anunció otro cambio, el ciento setenta y tres tras perder la cuenta tres o cuatro veces, la calle se empezó a descongestionar; así, una vez reorganizado el tráfico y limpiado el

arcén, los coches volvieron a circular y todo se aceleró.

Medían el tiempo a través de la dirección de los vehículos y los cambios de sentido y el sol ni se ponía ni volvía a salir jamás. Solo se desdibujaba un poco más tras cada cambio de luces.

Los coches circulaban, se detenían, dejaban paso a los peatones y volvían a reanudar la marcha. Tras cientos de miles de cambios, y solo por una vez, repararon en unas siluetas a lo lejos. Pese a la distancia, observaron cómo esas figuras difuminadas lloraban en recuerdo de alguien.

—Antes o después todo termina —dijo Javier.

—Cuando nadie más se acuerda de ti —contestó su compañero.

—Hoy, anochecerá.

Full de reyes

Sol crepuscular

Aquella mañana el calor amenazó desde el alba. El sol se apresuró a desperezarse con una presteza inaudita y un resplandor de tonalidades extrañamente crepusculares se presentó, obviando la comparecencia de testimonio alguno, a través de las ventanas y el blanco de las cortinas.

Mientras los perros se revolvían inquietos en el jardín, todavía inconscientes de que aquella iba ser una jornada de tintes épicos, Encarna, una congoleña rebautizada por sus empleadores, abrió las puertas correderas lacadas en un lechoso blanco para conectar sus pezuñas del punto A al punto B, es decir, del salón principal al comedor.

Tras las apropiadas zancadas, desanudó el trapo que recogía aquella mata de carbón rizado que era su pelo, limpió el sudor de su frente sin

muchos remilgos y lo escurrió varias veces en el ficus de doña Cleo.

—*Ojú*, qué calor —exclamó la criada de los Merlo imitando el típico acento cordobés. Yo aquí, *derrengada* y todo dios planchando la oreja—. ¡Esclavistas! ¡Bastardos! ¡Hijos de puta! —gritó mientras terminaba de fregar el suelo del comedor. —*Sanseacabó*.

Unos minutos más tarde, un hombre encorvado y con el rostro picado por la viruela entró en el comedor con medio barrizal en las botas. Era el abuelo Gregorio, quien vestía atuendo de caza y se había recogido la barba con la ayuda de una goma de pollo en una desmañada coleta que se le antojó de improviso.

—¡Esos pies, señor marqués! Válgame Dios, a barrer y a fregar de nuevo.

—¿Qué es todo este jaleo? El conde de Guadalupe y Brisillo está al caer, *señoa* Encarna. ¿Todavía no *s'ha levantao* mi hijo?

—Aquí no se ha levantado ni el Santo Padre, señor marqués. Don Gregorio, ¿quién dice usted que viene? —preguntó la criada, resignándose a limpiar el estropicio del viejo.

—El conde Zakarías de Guadalupe y Brisillo.

—Pues no me suena. Se ha quedado usted tocado del *coco* de tanto sol y viene delirando.

—Sí, eso va a *sé*. ¡Anda, a fregar! —gritó el anciano encabronado, perdiéndose por el pasillo y dejando un reguero de fango tras de sí.

La omnisciencia narrativa salió a la fuga, topando con el cuarto de los niños. Estos, ajenos todavía a la tragedia climática en ciernes, respiraban con sonidos suaves, haciendo buen uso de sus pequeños pulmones.

Bajo las finas sábanas de lino de una de las camas se escurrían las piernas de Álvaro y la pequeña Rosana, quien había iniciado un breve

ciclo de inquietantes pesadillas cuando la luna ya se desprendía del cielo, y, al alba, decidió cargar contra la cama de su hermano mayor. El otro catre estaba vacío, aunque repleto de una extensa familia de chinches —o *cimex lectularius*, como le gustaba a Álvaro referirse a ellos— que acompañaban y vampirizaban a la joven desde que la Diosa Fortuna había abandonado aquellas cuatro paredes.

Entonces, la señora Encarna apareció en el quicio de la puerta de improviso. Rosana fingió que seguía durmiendo y miró de reojo a su hermano, que estaba roque. La criada acercó el cubo de fregar al mármol de un puntapié, sin sutilezas, provocando un breve tintineo metálico. Entre los labios sujetaba un habano del marqués cual bulldog receloso, y ahumaba la habitación de los niños con largas caladas y tremendas toses. La niña, por su parte, se hacía cruces de que su compañero siguiese durmiendo a pierna suelta.

—¡Niños, levántense! —exclamó la criada dos o tres veces. A continuación, sin dar tregua,

lanzó contra la cama un cubo lleno de agua y embadurnado a partes iguales de lodo y de amoníaco. La joven Rosana dio un respingo y se lanzó rodando contra el suelo cuerpo a tierra. Por el contrario, su hermano no tuvo tanta suerte, y no solo recibió el agua sucia en toda la cara, sino también el cubo metálico contra la sien, el cual salió despedido de una patada de los pies de la Encarna.

—¡Álvaro! —gritó su hermana desde la alfombra, mientras el niño salía de los brazos de Morfeo para volver a caer en ellos, sino en otros de peores.

Por su parte, la criada apagó el cigarro en un pequeño plato de plástico de la cocinita de juguete de Rosana y se largó hacia el salón, murmurando que ella, en Kinsasa, no había tenido ni uno de todos aquellos caprichos de los que estaba repleta la habitación.

Pocos minutos más tarde, Álvaro, hijo primogénito y único del marqués de Merlo despertó al lado de su esposa Cleopatra. *Oh, demonios*, maldijo, y se sirvió un brandy que le esperaba en la mesita desde la noche anterior.

Sol pasado

El abuelo eructó el café varias veces mientras los críos devoraban los cereales con antipatía y asco hacia el padre de su padre. De alguno de sus bolsillos apareció un trapo de lino, embadurnado con aceite de motor, y con el mismo se limpió el mostacho y, a continuación, la frente, dejando rastros negruzcos por toda su cara.

—Virgen santa —exclamó doña Cleo en bata y pantuflas desde la puerta de la cocina.

—Deberías verte tú, recién levantada... ¡cornuda! —gritó el viejo.

—¡Abuelo! —dijo Álvaro, intentando reprenderlo.

—¡Vestíos, por dios! Mi amigo está al llegar... —inquirió, recuperando la calma.

—¿Qué amigo, papá? —preguntó el hijo del marqués, quien aparecía con una taza de desayuno entre las manos; un recipiente que, en los diez últimos años, jamás había contenido un café con leche.

—El conde de Guadalupe y Brisillo, que viene de Ceuta, hijo —contestó.

—¿Quién?

—Zakaría, el Conde. ¿No te acuerdas? Abu Zakaria. Al que Franco le prometió la zona de las fincas de los republicanos en el campo.

Pero Álvaro sénior, el hijo del marqués, todavía estaba intentando procesar lo que había oído. Abu Zakaria, Brisillo y Guadalupe eran términos que no conseguía enlazar con coherencia.

—A ver, que me estoy liando —comentó doña Cleo—, ¿quién es el susodicho? ¿Un conde o un moro?

—¡Mamá! —exclamó Álvaro júnior, censurador.

—Mi amigo de la Guardia Mora, siempre fue un incondicional del niño. Este verano hace treinta y siete años que volvió al Rif: un gran tipo.

—¡Ah, bueno! Esos ni exigen, ni nada. Apartaré parte del pan de los perros —comentó la criada.

—¡Encarnita! —volvió a reprender Álvaro júnior, sin saber muy bien si aquello era real o se trataba de otra chochez del abuelo.

Por lo contrario, Álvaro sénior tenía imágenes de un hombre árabe que había rondado por el pueblo durante los cincuenta, cuando él tenía poco más de cinco o seis años. Recordaba por sus palabras que había salido rebotado del Palacio de

El Pardo en la última etapa de la guardia mora y que su intención había sido volver a la pequeña región de Bayenti, de donde era nativo.

Ahora, por alguna razón, mientras los rayos de sol burlaban las nubes violáceas que se mantenían en el exterior y los perros ladraban a un hombre que se acercaba hacia el pórtico principal imperturbable, el hijo del marqués se planteó por un instante por qué no había pensado en nada de eso en varias décadas.

—Ese debe *sé* —dijo el marqués al oír el tintineo metálico de la gran campana junto a la puerta exterior.

—Encarnita, sirve un poco más de café a todos y haz otra cafetera para ofrecer una taza recién hecha a nuestro invitado —mandó Cleopatra.

—*Sus* órdenes —exclamó la congoleña con retintín.

—Sal a recibir al *invitao*, Álvaro, que yo estoy *derrengao* de la caza del pichón —pidió el anciano a su heredero.

Álvaro, con ciertas dudas sobre todo aquello, abrió la puerta principal que daba paso al salón-recibidor. Frente a él, un hombre árabe al que nunca habría relacionado con aquel musulmán de mediana edad que se disponía a coger el ferry en Algeciras apareció. Estaba arrugado como un pergamino y vestía una *jubba* de un marrón negruzco y unas botas de montar. Al hombro, llevaba un viejo rifle de cerrojo que, por lo poco que Álvaro recordaba de la caza y la montería, se adaptaba a la idea que él tenía de un Winchester con balas de gran calibre.

—*Saba'a Alkair*, Gregorio. ¡Mi viejo amigo! ¡No has envejecido nada, *sadik*! —exclamó el moro desde el quicio de la puerta.

Álvaro dio un largo trago a la taza con ginebra que había rellenado minutos antes en la

cocina, y sacó de su error al amigo de su padre. Este le obsequió con un faisán que había cazado la tarde anterior mientras ambos se encaminaban a la cocina.

—¡Viejo buitre carroñero! —exclamó el marqués al verle entrar. —Te has *quedao to arrugao* —agregó don Gregorio, controlando su acento andaluz.

—*As-salamu alaykum*, familia Merlo — saludó el invitado, sonriendo y dando muestra de los pocos dientes que le quedaban dentro del hocico.

Doña Cleo y los niños fueron presentados sin demasiados protocolos frente al amigo del marqués durante el almuerzo, después, Encarna y, por último, la finca y los alrededores. A Abu Zakaria todo le pareció un sueño hecho realidad, e incluso encontró buenas palabras para los chinches con los que convivían los niños, para los perros que estaban flacos como alfileres y para Cleopatra y

Encarnita que no hicieron nada por disimular su descontento. Más tarde, alrededor de la finca, Zakaríá confesó a su amigo, acompañados únicamente por Álvaro sénior, que volvía hacia la capital con el fin de reclamar una paga digna.

—Tú llegaste alto, hombre. ¿Ya te compensa a estas alturas andar mendigando una miaja? —preguntó el abuelo.

—¡Alto dice! —exclamó el moro. —Ya me gustaría a mí tener un trozo de lo que tú tienes aquí, *sadik*. Allí, malvivimos de tal forma que casi mejor muertos que vivos —explicó.

—¿Qué paga te quedó tras la guerra y el servicio en Madrid, Zakaríá? —preguntó este.

—Mil pesetas, *sadik* —contestó el moro.

—¿Y actualmente cuánto cobras?

—Mil pesetas. —Se corrigió a sí mismo. —
Seis euros.

Sentados cerca de la acequia que cruzaba el terreno donde estaban los antiguos campos de cultivo a los que ya ni jóvenes ni viejos hacían caso, el moro les explicó que la mayoría de sus camaradas vivos jamás habían cobrado una paga superior a los cuarenta o cincuenta; «ni en Larache, ni en Azalquivir, ni en Alhucenas, ni en Sidi Ifni..., decía. Todos mendigos.»

Después, sacó una cantimplora del macuto y pegó un buen trago de agua. Álvaro sénior quedó pensativo y consideró, por un momento, que aquella visita iba a resultar incómoda a todos los niveles.

—¿Te acuerdas del bastón de oro que nos prometió Franco a unos y a otros, *sadik*? —le dijo a su antiguo camarada. —Cuando no nos quedaba nada, fui a vender las medallas al mérito que nos habían dado a los musulmanes... ¡y eran de latón! ¡De latón! —rio el moro.

Noche de recuerdos olvidados

La noche sucedió al día, y la tarde pasó en familia, con doña Cleo y la criada cuchicheando por las esquinas. Los niños y los viejos quedaron embelesados frente a las historias de la guerra. Álvaro sénior escuchaba la conversación ausente, con los ojos vidriosos y las pupilas centradas en la llama de la chimenea, las cuales terminaron por transportar sus pensamientos hacia una época anterior.

De improviso, el hijo del marqués empezó a sufrir un tremendo dolor de cabeza, y decidió acostarse sin tan siquiera cenar. Abajo, escuchó risas durante horas, aunque cuando su esposa subió al segundo piso a descansar, descubrió que ni ella ni Encarnita formaban parte de ese coro de carcajadas que se escuchaba, casi de un modo cíclico, en el comedor.

Cuando Cleo se encamó junto a él, vestía un camisón oscuro y ceñido que resaltaba su silueta

estilizada y su busto prominente. Su nariz, levemente aguileña le rozó la oreja, y Álvaro continuó esperando un beso de buenas noches que no llegó. Sabiendo que al día siguiente tenía que ir de visita a la Cañada Rosal, se acostó con un dolor acuciante en la hipófisis tras su último rechazo matrimonial.

Finalmente, se durmió. Pensando por vez primera en muchos años que todo aquello no había sido cosa de risa, y que probablemente ni los niños ni los viejos querían pensar demasiado en el porqué de la visita de Abu Zakaria, y él menos que nadie.

Sol de justicia

«¡Ay, mi hipotálamo!», gritó Álvaro sénior despertando a don Gregorio y a su amigo, tumbados en el salón con una botella de aguardiente entre las manos.

Los niños, en sus respectivos lechos peleaban en sueños contra un ejército de chinches muy real, y tampoco tardaron en abandonar la habitación al son de los bramidos lastimeros.

La escena que encontraron en el dormitorio paterno fue dantesca. El padre se agarraba el cráneo con fuerza y gritaba frases inconexas dando tumbos; Cleopatra, en cambio, se dio la vuelta entre suspiros y siguió amodorrada durante largo rato. Fue la criada y el invitado quienes ayudaron a bajar los diecisiete peldaños que unían el primer piso y el salón, y tras cada uno de ellos el hijo del marqués sentía cómo medio mundo rebotaba contra su cabeza.

Don Gregorio bajó vestido para la montería y con un rifle en cada brazo; dejó las armas en la mesa, bajo la recelosa mirada de la congoleña, quien se apartó varios metros, y se dispuso a preparar el desayuno.

Viendo las caras de preocupación de los infantes, el abuelo comentó:

—Vuestro padre hubiese hecho bien de quedarse junto a nosotros, ¿veis? Las cosas tienen que hablarse antes o después, o esto es lo que pasa, chavales.

El moro asintió.

—A saber de lo que hablabais ayer con los críos, riendo así —contestó Álvaro sénior.

—De muertos y más muertos, oiga, ¡qué mal gusto! De rojos, de fascistas, y de la madre que los parió a todos—dijo Encarnita, que venía con una taza de café por barba y unos brioches secos como lenguas de loro.

Álvaro padre no quiso entrar en discusiones; su dolor de cabeza le gritaba que necesitaba una aspirina y un sitio tranquilo para descansar, y que lo mejor sería, sin lugar a dudas, acercarse al

trabajo y alejarse lo máximo posible de esa casa de locos.

Para cerciorarse de lo dicho, Cleopatra tardó escasos cinco minutos en levantarse a voz en grito, poner un vinilo a todo volumen y empezar a lanzar gorgoritos en la ducha.

—SEÑORA, que tiene al marido quejándose de que está *revenido*! —exclamó Encarna por toda la casa.

—Un poco de silencio, ¡por Dios! —exclamó Álvaro mientras el benjamín le atusaba una almohada en el cogote.

—¿*Pa* dónde tiras, conde? —preguntó el marqués a su amigo.

—Para Madrid, por donde tú me marques el paso —contestó este.

Álvaro sénior miró extrañado a los ancianos, y a los niños, de los que advirtió que se

habían vestido con botas camperas y abrigo con forro como si marchasen de excursión.

—Pues para Écija en adelante. Y dejamos a este en la ermita para que le frote una oración por el colodrillo el padre Miguel.

—Eso no sirve de nada, papá —contestó el hijo del marqués.

—Pues para que te atice dos guantadas, so imbécil. Que desde que te casaste con la fulana esa no cuentas dos más dos.

—¡Abuelo! —replicó el hijo mayor. — Todos tenemos nuestras cosas.

En ese momento, entraba en albornoz la señora de la casa, que lanzó una mirada fulgurante al anciano, pero no dijo ni mu. Saludó con la cabeza y se sirvió otra taza de café, haciendo señas a la congoleña, a quien recriminó con gesto *culebril* el descuido y quien realmente pagó el pato a lo largo de la mañana.

—Nos vamos de excursión hasta Madrid; y tú a la ermita. Déjate de boberías de médicos, que por aquí hay cuatro calles por pueblo y dos tontos por esquina, pero la mayoría estamos hechos de buena pasta. Aguantarás sin el médico un día, y si no, tampoco te va a importar el martes.

—Qué bestia es tu padre, Álvaro —dijo Cleo, saludando a los niños y a su marido con un beso en la mejilla.

—Tú a trabajar, los niños a estudiar, y los viejos... Bueno, los viejos que hagan lo que les dé la gana.

—¡Nos vamos de excursión, mamá! —replicó la niña.

—¡No hay excursión que valga! —gritó Cleopatra.

Vistos los derroteros hacia los que se encaminaba el asunto, el marqués cargó el arma y disparó contra el tocadiscos en un visto y no visto.

Encarna, que traía el desayuno en una bandeja de plata deslustrada sacó trabajo para una mañana o dos lanzándola por los aires y tintando las cortinas de encaje, y media estancia más, con el café hirviendo.

Doña Cleo, por su parte, agarró el tocadiscos y empezó a gritar, histérica. Álvaro sénior y los más jóvenes salieron corriendo a riesgo de que las neuronas del primero colapsasen entre bramidos de las dos mujeres de la casa.

—Arreando, que es gerundio —comentó el abuelo a sus acompañantes que, sorprendidos, no supieron qué decir.

—Amigo Gregorio, *sadik*, luego aún os hartareis de repetir que las cosas raras pasan más allá del Estrecho, ¿eh? —rio el moro saliendo por la puerta del hall.

Sol y sombra

Ya en el camino, los niños compartían parte del desayuno que, audazmente, el viejo había recolectado de la despensa antes del paripé y de los tiros; los viejos hablaban sobre la guerra. Álvaro sénior se agarraba la cabeza, febril, enmudecido, y seguía caminando en dirección a la ermita, cerrando el grupo.

—No es muy distinto del camino del treinta y seis —comentó Zakarías.

—A lo sumo, más sencillo de patear —rio el marqués entre dientes.

Cuando se terminaron los bocadillos y el chorizo, los niños se preguntaron por vez primera hacia dónde se dirigían realmente. Su padre, pasmado y algo delirante, cayó en la cuenta de que era lunes, y de que los niños tenían que ir a escuela, él escaparse de sus obligaciones laborales durante el mayor plazo de tiempo posible, y el resto, como bien había apuntado su propia mujer, hacer lo que

les diese la gana, que para algo era los que tenían un pie dentro del hoyo.

Colocándose un instante en cabeza, Álvaro interrumpió la conversación de los ancianos y les explicó que eso que estaban haciendo no era normal. Al no sentirse escuchado, probó por segunda vez, diciendo:

—Tienen que labrarse un futuro, papá. Los críos tienen que ir a colegio, y yo a fingir que tengo ganas de aguantar a los clientes en la ferretería. Además, ¿hacia dónde se supone que vamos?

—La ferretería dice... Ya lo hemos *hablao*, ¡escocío! Vamos *pa' Madrid*, y nos desviamos a *Humillaero*, en Écija, *pa' que* Nuestra Señora del Valle o el pájaro del cura te echen una mano. Que el Miguel, y el Fermín, tienen mano con esas cosas...

La pequeña de los Merlo fijó la vista en el camino de carretera por el que el abuelo les había metido. Se alejaba de las vías principales y se

adentraba por el sureste de Villanueva; tras varias horas de camino con un sol abrasador y un único descanso para dar cuatro bocados mal contados a un bocadillo de chorizo que picaba como el demonio, empezó a murmurar con su hermano mayor.

No tardó más de cinco minutos y, cuando lo tuvo medio convencido, fue el mismo Álvaro júnior quien decidió preguntar al abuelo sobre sus intenciones.

—Oye, abuelo, ¿tardaremos mucho en llegar? —interrogó al viejo estirándole de una de las perneras del pantalón.

—¿A Madrid? Pues como dos o tres días entre que alcanzamos Écija y cogemos el autobús —contestó el anciano.

Los niños se sorprendieron: ¡había dicho una excursión, no un viaje!

—¿Y dónde vamos a dormir esta noche?!
¡O el resto! —preguntaron.

—Pues en el suelo. Hay más muertos descansando por las cunetas de España que en los panteones, y yo no les veo quejarse. ¡Venga, ajila, niño, que no llegamos!

A los chavales no les convenció demasiado la respuesta, pero al echar un vistazo a su padre, quien ahora caminaba con las manos en el cogote y las napias rozando el pavimento, vieron difícil conseguir más adeptos a su causa.

A media tarde, una vez superado el Arroyo del Helechar, según citó el abuelo con demasiada seguridad en la voz como para contradecirle, el grupo se encontraba exhausto. Los dos niños resoplaban junto a Álvaro, quien sabiendo que el pueblo de Villaviciosa estaba relativamente cerca, terminó por relajarse y ver una posible salida al ictus colectivo que la familia entera había sufrido. Desde allí, podrían coger el autobús o llamar a un

taxi incluso, y quizá algún vecino se apiadase de su penosa situación tras echarse unas risas a su costa.

Sin embargo, tras un oportuno descanso a la sombra de unos cuantos acebuches, y para sorpresa del cabeza de familia, el espíritu general se recompuso. Y mientras los viejos hablaban del tamaño del famoso Alcornoque de El Catalán, uno de los pequeños tesoros de Villaviciosa y de Córdoba entera, retomaron la marcha con la promesa de charlar con el dueño de la finca y echar una buena siesta bajo su cruz.

Divina Comedia

Sol clemente

Una hora después, con el paso calmado de quien ya ve a lo lejos su destino, las tres generaciones redujeron la marcha entre historias del pasado que los más pequeños bebían como si de néctar vital se tratase. Y, en parte, cabe decir que era así, y nadie lo puso en duda, pues como bien recordó el abuelo poniendo ese tono de juicio absoluto *in saecula saeculorum*: «aquel que no conoce la historia, está condenado a repetirla.»

Con Napoleón entre los morros y las orejas, los Merlo y Abu Zakaria llegaron a las puertas de Villaviciosa. Allí, entre los pocos miles de habitantes que se repartían a lo largo y ancho de los extensos cultivos de vid y las casas, surgió como de la nada un hombre de mediana edad con camisa amarillenta, cara de perro pachón, boina encalada en las cejas y alpargatas de esparto.

Saludó amigable y listo a proseguir su camino cuando el marqués le frenó en seco con intención de presentarle a la tropa y formular un par de preguntas. Ya orientados hacia la bodega más cercana y sabiendo dónde podían buscar catre en el que dejarse caer, lo liberó de la concatenación de demandas constantes a la que había sometido al labriego por más de cinco minutos.

Este giró grupa y se dispuso a marcharse, pero no tardó en volver a ponerse al paso de los Merlo y su amigo por segunda vez. Cuando el grupo lo advirtió, miró al campesino con una incógnita entre ambos.

—Eh, señor —dijo señalando a Abu Zakaria; después entrecerró los ojos— ¿Usted no violó a mi madre en el treinta y seis?

—Me voy a acordar yo de a quién violé en la guerra... —contestó este, resuelto.

—Pues le parecerá bonito eso de ir robando el honor a las chicas.

El moro miró al labriego inexpresivo.

—¿¡Pero se acuerda o no se acuerda!?! —le interrogó.

—Bueno, a ver... —dijo el supuesto conde rascándose el mentón— Entiendo que era del pueblo, ¿no? Así, ancha y fuerte, con las manos grandes, ¿no? Carmen se llamaba, esta muchacha que le comento a usted.

—Pues muy probablemente: Carmen, como mi madre. ¡So sinvergüenza!

—Son cosas de la guerra, amigo. Hay que olvidar.

—¡Olvídelo usted, *moro*!

—Pues nada, ya que se pone, dele recuerdos usted también a la María —contestó el musulmán.

A partir de este primer encontronazo, la historia se tuerce. Álvaro sénior, quien no quería pensar en los horrores de la guerra, se vio en la necesidad de entrar en la conversa, aunque solo fuera para sacar a sus hijos de la misma.

Desde allí se podía ver la forma de una cicatriz mal curada, una imagen que volvía a los Merlo desde el otro lado del estrecho de Gibraltar, y que amenazaba con largarse solo con una pensión digna entre las manos.

Como había ocurrido en cualquier otra zona de España, ese fue el único comentario que el moro o su compañía recibieron durante su paso por el pueblo. Con buena cara o, al menos, con cara de póker, varias mujeres le recomendaron al *pater familias* que se acercase por la iglesia, que su párroco tenía buena mano también, y no faltó cama, comida ni atenciones suficientes para enviarles hasta Córdoba capital, y dejarse por el camino algunos días de escuela, que, según todos, eran

malas fechas con el final de curso escolar tan cerca, y así lo hicieron saber varias veces a los ancianos.

De esa noche hasta el mediodía próximo, y como ha ocurrido en cualquier región de España que primero impuso uniformes y después terminó por enfrentar a hermanos, primos y amigos del treinta y seis y hasta nuestros días, todo el mundo se cuidó de hablar de lo que no debía, e incluso más de uno y de dos se permitieron acusar al labriego de borracho, de cornudo y de cabrón, con todas las letras.

Sol despiadado

Hacia la una de la tarde, el autobús de línea les recogió camino a Córdoba, y Álvaro acordó con los antiguos guerrilleros que, al arribar a su próximo destino, decidirían si les acompañaban o daban media vuelta. De igual modo, tampoco tardó en percatarse de cómo los niños habían empezado a mirar al abuelo y a su compañero de armas, e

incluso a los rifles que portaban camino al bus cuando tres guardias civiles les dieron el alto.

—Marqués; señores —saludó el oficial al mando—, nos han ordenado confiscar las armas a no ser que lleven todos los permisos reglamentarios encima.

—Muy buenos días, cabo. Ahora no podrá ser —respondió el marqués.

Ante la cara de suspicacia del oficial y sus subalternos, don Gregorio amplió datos para tranquilidad de todos.

—Salimos de la casa a toda prisa para evitar confrontaciones mayores con las mujeres, y olvidé coger los permisos.

—¿Y su acompañante? —interrogó el guardiacivil.

—Fuimos militares, no se preocupe, que sé cómo funciona un Winchester y no me haré daño

con él —afirmó el moro. —Lo traigo desde Ceuta conmigo.

—¿Pero hacia dónde se dirigen ustedes con toda la familia, marqués? ¿De caza a algún pueblo cercano? —preguntó, de nuevo, tendiendo un hueso al marqués, que era un antiguo conocido de su familia.

—No, no —se adelantó Zakaria. —Vamos a la capital, a reclamar una pensión digna por mis años de servicio con Franco.

—¿Y para qué necesitan dos rifles de caza en Madrid? —preguntó el oficial.

—Es que hay mucho pájaro suelto, mi cabo —replicó el moro.

Y de esta guisa continuó la historia por unos minutos. Finalmente, agotada la paciencia, la patrulla amenazó con detener al grupo entero y enviarlos al cuartelillo a pasar un par de noches en

las que recapacitar, y el moro no tuvo mejor idea que encañonar al oficial superior.

—¡De detenernos nada, que nosotros no hemos hecho nada malo, *sadiq*, y tenemos dos o tres días de lío hasta Madrid, y lo que allí nos retengan!

Los otros dos guardiaciviles llevaron la mano a la cintura, pero el moro soltó el seguro sin pestañear. Entonces, tragaron saliva por no haber procurado los cuidados oportunos; más nerviosos por lo que allí pudiera pasar que por lo que dijese su superior, que había cometido un descuido del mismo calibre.

En los minutos siguientes, el cabo García buscó algo de sensatez en el marqués, a quien vio que no quitaba ojo del fusil de su compañero, pero tampoco del propio, y sabiendo por dónde iban los tiros, les advirtió que estaban cometiendo un grave delito de asalto a la autoridad.

—Le cogemos prestado el coche, mi cabo, y arreglamos esto a la máxima brevedad —comentó el marqués—. Después, volvemos para el pueblo y arreglamos lo de los permisos de armas.

Los guardiaciviles probaron a objetar el sonado razonamiento mediante lo que marcaba la ley; después, por el qué dirán de unos y otros y, por último, por la seguridad de los nietos, pero nada funcionó. Así que se echaron a un lado, por la fuerza, y dejaron vía libre al pintoresco grupo, donde tres de los cinco miembros todavía seguían en estado de *shock* frente a la escena que se había precipitado contra ellos.

Tardaron unos treinta minutos en reaccionar. En ese lapso de tiempo, los viejos habían conseguido encontrar la A-4 en dirección norte y acelerar una y otra vez, sin demasiados remilgos, hacia la capital.

—¿Pero os ha dado un derrame cerebral a ambos? ¡Habéis robado un coche de la guardia civil

encañonando a tres oficiales que solo intentaban que no paseaseis rifles de caza por media península!

—Pueden surgir imprevistos —dijo el conde.

—Como el que ha sucedido en el pueblo hace menos de una hora, por ejemplo —agregó el otro, convencido.

—Tu problema es el de muchos españoles, Álvaro,

—Quizá no haya necesidad de resolverlo todo a tiros, abuelo —objetó Júnior, sensato. Su hermana pequeña seguía intentando comprender hacia dónde iban en un coche patrulla; y el exabrupto terminó por convertirse en llanto.

—Pues sería una entre pocas —replicó el viejo.

Durante varios minutos, el sector joven de los Merlo mantuvo el silencio. A los mandos del

vehículo, el abuelo esquivaba automóviles a toda velocidad en una carretera que aparecía poco transitada entre Córdoba y el norte de Bailén.

Para ellos, quienes casi vivían entre la cochambre de unas ruinas que solo se habían recompuesto parcialmente a su alrededor con cierta seguridad, esa aventura era un descenso hacia el Infierno; hacia la duda y la incertidumbre. Para los viejos, en cambio, significaba volver a un mundo de blancos y negros que había pasado página sin contar con su opinión, ocultando de un día para otro todo aquello que se había escrito detrás.

En el asiento del copiloto, Abu Zakaria se recompuso la *jubba* y perdió unos minutos más entre divagaciones con su antiguo compañero de armas.

—Podríamos acercarnos hasta Paracuellos
—dijo—, ¡menuda barbaridad aquello!

—En la guerra, pocas cosas hay que no las sean —argumentó don Gregorio—. Si rendimos allí

homenaje, también tendremos que peregrinar hasta el Campo de la Bota: se decía que hubo miles de ejecuciones; y después mucha miseria y mucho calé, ¿o no te acuerdas del Vaquilla?

—¿De qué me voy a acordar? ¡Si ya había un mundo entre España y yo!

—Bueno, de todos modos, aquello ha desaparecido: vamos, que ni está ni lo recuerda nadie, que al fin y al cabo es lo mismo.

En la primera estación de servicio, pararon a repostar gasoil, Winchester en mano para abaratar costes. Mientras tanto, Álvaro y sus dos hijos aprovecharon para bajar del coche a la menor oportunidad y empezaron a correr hacia el sur, lejos de los desvaríos ascendentes de los dos veteranos.

—¿Dónde va tu hijo con los niños? — preguntó Abu Zakaria con la manguera del surtidor en la mano.

—Les habrá dado cagalera —contestó el marqués. —Bueno, déjales, que esos ya están en Linares. Arrea, que el tipo de la gasolinera ya ha llamado a la benemérita.

—¿Pero no le has encañonado, Gregorio?

—Sí, pero hay gente que no atiende a razones. ¡Y no voy a ir sembrando cadáveres como si esto fuese la guerra tampoco! —le largó este.

De nuevo en el coche, se deslizaron a través del asfalto caliente y huérfano de sombra de la nacional. Durante un buen rato, el sol se mantuvo en lo alto, cayendo lentamente hacia el oeste a medida que ascendían por la carretera de Córdoba y Jaén a toda velocidad.

La emisora policial no tardó en anunciar su fuga hacia el norte. Pocos minutos más tarde, el germen de la duda brotó en ellos, quienes creían haber escuchado sirenas a lo lejos; fue suficiente para que el marqués se hiciese a un lado con la intención de tomar alguna carretera secundaria.

—Al final, todavía acabamos *aquí*, haciendo compañía a algún esqueleto *conocido* —comentó don Gregorio, suspicaz.

—Eso ha sido el separar al equipo, que nos ha *gafado* la misión —protestó el moro. —Ya sabes cómo son estas cosas, que para algo existen los altos mandos y los intermedios, Gregorio.

—Pues no va a tocar cambiar de vehículo, qué quieres que te diga. Cojamos otro o alquilemos un transporte *pa' subir* a Madrid, como Dios manda. O Alá —se corrigió—, tú ya me entiendes, que aquí lo mismo es.

El moro asintió comprensivo.

—Vamos a hacer las cosas bien, hombre. Volvemos hasta tu finca, dejamos el coche patrulla con el depósito lleno, soltamos cuatro monedas por el gasoil en un sobre y cogemos ese todoterreno escacharrado que tenías en el jardín.

Sol inmisericorde

Entonces, las buenas intenciones de ambos chocaron de frente contra un control policial a la altura de Peñaflor, donde la mala pata les embistió junto a un pincharuedas estratégicamente colocado en el pavimento por las fuerzas del orden.

Un grupo de seis guardiaciviles apuntó a los fugitivos. El número uno les instó a desarmarse sin demora. Les superaban tres a uno, y las sirenas en la nuca anunciaban un problema aún mayor detrás; sin embargo, la destreza es otro cantar así que, seguros de sí mismos, intentaron, por un instante, parlamentar sin cumplir la primera premisa.

—Se ha tratado de una concatenación de malas decisiones, como suele pasar. Ustedes me entienden —gritó el marqués a la benemérita. —Mi amigo y un servidor nos acercamos hasta la finca, les dejamos las *perras* por valor del depósito y volvemos *pa'los Madriles* a que el conde pueda

reclamar una pensión digna con la que vivir en su tierra.

—De eso nada —replicó el sargento al mando. —Están ustedes detenidos; a pan y agua que van a quedar hasta que un servidor se canse.

De este segundo encuentro con las fuerzas del orden hasta los primeros tiros poco se movieron las manecillas del reloj. Como si la diosa Justicia estuviese de parte del equipo o hubiese condenado a todo aquel que se empeñase en intentar poner algo de sensatez entre las partes, los viejos consiguieron robar un segundo vehículo policial, no sin antes herir gravemente a varios miembros del cuerpo de policía andaluz.

Una vez en el coche, se escuchó a los agentes distribuir gritos en todas direcciones. Desde una de las ventanillas del vehículo, el moro disparaba proyectiles contra unos guardiaciviles a los que no habían conseguido dejar atrás. Don Gregorio, a su vez, frenó de improviso al llegar a

las puertas de la hacienda y Abu Zakaria no tuvo mejor idea que estamparse contra la luna de la vieja furgoneta policial, quedando inconsciente y con un reguero de sangre que brotó a borbotones de su rostro como presagio de un fin.

Ahora llegamos al final del acto. A la acción presente. Cuando el marqués atraviesa los escasos veinte metros de jardín y allí mismo aparca, frente a las puertas de madera roída del caserío; y la autoridad, que va a la zaga del abuelo cada vez en mayor número, le persigue por el terreno que la rodea. En las escaleras que conectan con la puerta principal, don Gregorio consigue abatir a uno de los dos uniformados con un proyectil entre ceja y ceja.

A los gritos del marqués, la criada abre las puertas de la residencia familiar, y las dos mujeres, que esperan entre oraciones, la vuelta de la familia completa, se encuentran con un tiroteo esperpéntico que está llegando a su fin.

La conclusión final llega, pues, con una ráfaga de disparos de calibre bajo que terminan por impactar contra el viejo miliciano. Sin mediar palabra, y con una herida sangrante en el pecho, el viejo se sienta en el pórtico de la entrada a contemplar el cadáver de su último amigo en la tierra: un moro cuya pensión terminó por enloquecerlos a ambos.

Ahora las mujeres lloran, agazapadas en la cocina, mientras la casa de los Merlo se convierte en el primer y último acto de esta castiza historia donde la muerte es, para todos ellos, tanto pecado como liberación del mismo.

—¿Qué hacemos ahora, abuelo? —pregunta Cleo mientras la policía llega en horda hasta todos ellos.

—Olvidar, unos antes, y otros después. Olvidar como España nos olvida a todos, o seguir viviendo con el sueño de un cambio y una herida

que supura y no cicatriza debajo. Olvidar, pero
¿quién puede?

Tragicómico y vencido, el marques se da el
gusto de viajar unos metros por última vez con los
ojos abiertos. Después, ahí queda todo. Las mujeres
sin entender; los héroes muertos y el mundo entero
condenado a ver locura donde quizá restaba un
atisbo de lucidez en la tierra.

Solo faltó una fosa común para enterrarlos a
todos.

Cotidianeidad

Sol ebrio

En un bar del centro un loco se emborracha en su tragedia. Su locura se define por lo inextinguible que resulta; a veces ebria, otras, psicósomática, pero siempre de exterior, siempre de terraza.

Cada tarde se acompaña de una curiosa compañera: una niña, pequeña y desgarrada, quien busca una pizca de atención entre los ojos de un adulto que ya no está hecho para lo intrascendente que sucede alrededor de su próximo trago.

Hoy, ese hombre observa a la niña de cerca, envuelto en una neblina alcohólica que se extiende y complica en su pronóstico desde la sobremesa. La niña, a su vez, mira a una mujer entrada en la cuarentena a través de la cristalera del local; en el interior del bar, su madre no aparta los ojos de la barra mientras se contonea entre desconocidos

ansiosos por invitarla a otra copa. ¿Y su padre? Quién sabe.

—La vida es un sinsentido, y tú demasiado pequeña para saber de ello —concluye el borracho apenas al iniciar.

La cría lo mira con ojos cómplices, sin llevar nunca la contraria a su acompañante. En el interior hay risas y obsequios; su madre ya empieza a tambalearse, como todas las tardes al salir de un trabajo del que nunca habla y de un recoger a su hija de la escuela a quien, a menudo, olvida incluso acompañar (o se niega). Por todo ello, ella siempre prefiere la terraza, aun por obligación.

Muchas tardes espera hasta después del anochecer, también en verano; algunos días vuelven acompañadas, y consigue algún regalo puntual de manos extrañas: una Coca-Cola o, con suerte, una barra de chocolate. Su madre siempre le roba un sorbo, o un bocado, y ella se siente mal por

un instante al pensar que no hay nada suyo que esa mujer no corrompa.

Hoy no será uno de esos días, piensa. En el interior, ya están cansados de beber.

—¿Quieres que vaya a por otro cigarrillo?
—pregunta la niña. Cada tarde consigue, por lo menos, tres o cuatro, y los raciona con puño de hierro por petición de su peculiar acompañante. Después, cuando el borracho prende uno, disfruta observando cómo los anillos de humo brotan graduales entre sus labios resquebrajados por el licor y una nariz roja de capilares dilatados.

Todo eso lo lee después. O lo apunta en un cuaderno de color cobrizo que oculta y mantiene lejos de su madre; allí lo reserva, lo guarda todo, y busca resolver aquello que el resto de su mundo no puede solucionar ni con actos ni con palabras.

Algunos días, el borracho dice que trabaja; otros, en cambio, no tiene fuerzas ni para

arrastrarse hasta el bar. Esas tardes también prefiere quedar fuera. Lejos de palabras que vuelan entre las mesas y que consolidan una realidad cotidiana que amenaza con destruirla. Esos días se acompaña de Pirulo, el verdadero nexo que une a la niña de siete años y a un borracho crónico de cincuenta y tres: un perro. La única heroicidad que el barrio le conoce a lo largo de toda una vida mediocre. Una paliza, una mano rota y toda la energía que aquella terraza iba a robarle en varios días por rescatar al animal de las garras que lo maltrataban.

Durante unas semanas, Pirulo vivió en casa del borracho; ahora vive con ella, aunque lo alimenta el barrio entero. Los detalles de esta otra historia los desconocen los vecinos y, lo que todavía es más sorprendente, también la niña, pero todas la imaginan cubierta de una lúgubre épica donde la madre de la pequeña, a quien nadie le había visto ceder ni desistir ante nada de lo que se le había metido entre ceja y ceja —si bien, y en honor a la verdad, solía tratarse de copas,

cigarrillos y caprichos menores—, accedió a convivir con Pirulo bajo su techo tras una breve conversa con aquel cincuentón de terraza.

Su compromiso, sin embargo, no se limitó al perro, sino también a las heridas infringidas a su compañero de tardes por los antiguos dueños del animal. Para aprender a sanarlas, la niña escuchó pacientemente la escueta disertación que le dieron unos y otros; a posteriori, tras contrastar los datos en la biblioteca del barrio, hizo caso omiso de todo lo que se le había dicho y aceptó pacientemente las críticas de la mayoría.

Al escaparse a la biblioteca, lugar que conocía por afán personal, pero que la mayoría de días tenía vetado por desatención activa, corría el riesgo de hacer enfadar a su madre, a quien por suerte no le costaba mucho mirar hacia otro lado siempre que no surgiesen molestias imprevistas; por esta vez, no le importó.

Al pasar de los años, la niña comprendió que ese hombre era familia. No es que le gustase más ni menos que su madre o el barrio, pero al menos él estaba ahí de forma intermitente. Había días en los que el borracho no hacía acto de presencia, pero la niña no se preocupaba en exceso; esas tardes respiraba con calma el aire de ciudad a la espera de un retraso imprevisto o un día de asueto concedido por la borrachera.

Sin embargo, al sexto día consecutivo, la niña empezó a preocuparse, e incluso Pirulo parecía inquieto ante la falta de la vieja galleta que acompaña el café y que el curda no olvidaba traer en el bolsillo ni una tarde. Ese día esperó fuera. También el siguiente. Pensando en que quizá el hombre que la acompañaba todas las tardes había desaparecido de la faz de la tierra. Eso era la muerte: otra cosa que nadie le había explicado.

Ante la duda, la niña se encaminó al interior del bar, seguida de cerca por el can que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Dentro no hubo un

cliente que no le pusiese cara al borracho, pero pocos sabían su nombre o tenían noticias recientes del mismo. Solo Pepe, el Culé, el quiosquero del barrio le había visto hace un par de días con «cara de muerto en vida», según sus propias palabras; compró el periódico, le comentó que llevaba en cama las últimas noventa y seis horas y volvió a la portería del número 14 de la calle Provincias, donde siempre había vivido.

La niña no sentía especial estima ni orgullo por el hombre de la terraza, pero vio algo necesario y leal en intentar visitarle. De este modo, no solo podría conocer la gravedad del enfermo, sino también devolvería alguna de las escasas, pero constantes, atenciones que el borracho le había ofrecido durante más de cinco años.

Pensó en escapar a media tarde, pues era el momento en que su madre menos atención prestaba siempre al exterior, ocupada en conseguir, al menos, dos o tres copas y un hombre que la aguantase las próximas horas.

Sin embargo, en quien más confiaba en el mundo, traicionó con sus ladridos a la niña; en vez de seguirla, Pirulo creyó oportuno esperar en la terraza, y así se lo hizo saber a la cría y a la madre, quien salió del local como una exhalación y le soltó dos tortas. Tras el guantazo, no pudo más que enfadarse por unos segundos con su perro, pero no tardó en observar que sería absurdo ponerse en contra al único ser que verdaderamente se preocupaba por ella.

Aquel séptimo día de ausencia, cuando volvían a casa, la niña intentó convencer con buenas palabras y sinceras promesas a su madre y a su último compañero nocturno, si bien todo lo que ganó fue quedar sin cena y advertida de que, si volvía a preguntar, el castigo no iba a ser tan leve.

No sería hasta la octava mañana cuando, tras un frugal desayuno autoimpuesto, la niña decidiría por primera vez saltarse un día de colegio al que su madre estaba dispuesta a acercarle para aprender lo que significaban los principios y la falta

de ellos. Alerta frente a esta posible salida que su madre debió prever, la niña fue acompañada hasta la puerta del colegio en una mañana de numerosas primeras veces, pero decidida a ello, se mantuvo paciente hasta que su progenitora marchase a toda prisa hasta el polígono donde trabajaba, y permitiese una huida sin alborotos.

No quedó ahí la consecución de reiteradas malas patas, sino que la casualidad quiso que aquella mañana la señorita María llegase tarde a la clase del segundo curso y encontrase a la niña emergiendo de uno de los pasillos hacia el exterior. La profesora, de treinta y bastantes bien llevados, sentía cierta simpatía por la situación de la niña, por lo que se dispuso a acompañarla hasta su aula e incluso a navegar entre los posibles amparos que la cría necesitaba como agua de mayo. Durante unos segundos, ambas se miraron en silencio, pero la pequeña, con las cosas claras y el plan trazado de antemano, no quiso arriesgar más de la cuenta, y salió pitando en dirección a la parada del autobús.

María, sorprendida, suspiró, y anotó en un papel la necesidad de hablar con su madre de la educación de su hija y de la falta de un núcleo familiar estable, papel que rompería antes del almuerzo tras algún sollozo más.

Pese a su edad, y quizá a causa de esa mezcla de resolución y energía, nadie dijo nada a esa niña que entró en el diecinueve como un tornado, picó su abono de transporte y se escurrió hasta la parte trasera del autobús, donde descansó los veinte minutos del trayecto.

A pocos metros de su casa, saludó desde fuera a Pirulo, quien saltó por una ventana que su madre había dejado abierta, y acompañó los restantes sesenta o setenta metros que separaban el número 14 de la calle Provincias y el 138 de Zapateros, donde vivían madre e hija desde que su padre las abandonase.

Presionó varias veces al timbre del tercero, sin prisa, sabiendo que, si estaba aún tan enfermo

como le habían dicho, quizá el borracho tendría dificultad para alcanzar rápidamente el interfono. Tras el cuarto timbrado, se pudo oír:

—¿Sí? —era un sí débil, sin fuerza, carente de espíritu.

—Soy la niña del bar *Los Amigos* —dijo.

—¿Quieres subir? —preguntó la voz del borracho por el interfono.

—Viene Pirulo conmigo —contestó esta.

Como respuesta, el sonido de la puerta desbloqueándose y la invitación a pegar un empujón a la misma. Al otro lado del interfono, el hombre colgó mucho más rápido de lo que había tardado en coger el cacharro, aunque esperó, de pie y con la puerta abierta, a que la niña y el can ascendiesen corriendo a toda prisa por las escaleras.

Una vez dentro, el borracho cerró la puerta tras de sí y les invitó a sentarse en una de las sillas

del salón. Él se dejó caer sin fuerzas en el viejo sofá de felpa gris con marcas de colillas en la tela.

—¿No tendrías que estar en el colegio? — preguntó.

La niña asintió.

—Quería saber si estabas bien. El Culé dijo que estabas enfermo y que hacía días que no salías de casa —agregó.

—Ya estoy mejor. Tengo el hígado enfermo por no cuidarme y me ordenaron reposo tras salir del hospital. Si voy a la calle, seguro que acabo en el bar, ya sabes.

—¿No quieres ir al bar? —preguntó la niña, quien no lo entendía.

—No puedo beber —contestó el borracho.

—¿Nada?

El curda no supo qué contestar a la niña. Se levantó y cogió una chaqueta, de allí sacó unas cuantas galletas de desayuno y las dejó caer al lado de Pirulo.

—Van con intereses hoy, que hace días que no nos veíamos.

—¿Puedo comerme una? —le preguntó la niña.

El borracho negó con la cabeza y la llevó de la mano a la cocina, donde cortó una barra de medio por la mitad y preparó dos bocadillos de pan con tomate y queso que terminaron devorados por uno de los dos.

—No te preocupes, con la medicación no tengo hambre —dijo el hombre, disfrutando de la compañía de otra persona en casa por primera vez en años. A mediodía, la niña se despidió de su compañero de terraza y se dispuso a dejar a Pirulo en casa y volver a la entrada del colegio.

—Podrías bajar al bar por la tarde —
comentó la niña.

—Si tú me vigilas las copas que me tomo
—dijo.

—¿Cuántas puedes tomar? —preguntó ella,
resuelta.

—Ninguna —contestó, con la voz llena de
duda.

—Te dejaré fumar algún cigarro de más —
concedió la pequeña.

Cuando salía por la puerta, el borracho le
hizo una última pregunta a la niña:

—¿Me dejas al perro hasta esta tarde? Así,
tengo que bajar seguro.

Sol aguado

Por la tarde, ese hombre sin nombre que acompañaba a la niña de apelativo homónimo bajó a la calle con Pirulo y un bocadillo de pan con longaniza. Por primera vez en su vida adulta, cuando salió el camarero de aquel bar, pidió un refresco sin gas y se enfrentó al pitorreo generalizado; a los pocos minutos llegaron madre e hija, quien no advirtió siquiera que el perro de la casa estaba allí, junto a aquel hombre que pasaba la vida en una terraza. La niña le dio un cigarrillo al llegar y consiguió unos cuantos más para acompañar la bebida.

Desde esa misma tarde, unas cuantas cosas cambiaron: el bocadillo se convirtió en una tradición, Pirulo pasó acompañado las mañanas que la niña podía ir a escuela y la nota a pagar se volvió una excusa más que una verdadera necesidad.

Por lo demás, todo siguió igual. Cuando despejó aquella neblina y mejoró el pronóstico, la niña siguió mirando al interior, su madre no apartó los ojos de la barra mientras se contoneaba con un

poco menos de garbo cada día. ¿Y su padre? Quién sabe.

De cara a la galería, todo lo encontró la niña fue un pobre sustituto, y a un perro, repletos de complicidad y buenas intenciones.

No quería más.

Caminante, son tus huellas

Sol de éxtasis

Por las mañanas, Aureliano jugaba a las cartas con un café frente a las nupias y el sol en el cogote; allí, en el bar de la plaza. Por esta razón, poco a poco, todos empezaron a llamarle Áureo, reflejando con cariño una vida mucho más brillante que la real.

En otro tiempo, Áureo fue un joven gallego que emigró desde Ourense hacia Barcelona con la intención de labrarse un buen futuro lejos del campo. Años después, quedó con puesto y sin novia a los pies de la Vía Layetana, como agente de clasificación de la oficina central.

Más temprano que tarde terminó por sucumbir a la rutina y, entonces, treinta y nueve años —uno tras otro— le arrollaron como un tren de mercancías. Lo que explicaba porque se sentía como un viejo de sesenta y cinco años de edad que

había vivido muy poco, que tenía una rótula fastidiada y más dientes picados que enteros.

Sin embargo, un buen día, la rutinaria vida de Aureliano despertó el interés de un curioso espectador: Martín, un crío de trece primaveras que perseguía aventuras cuando se tropezó con el viejo, quien caía rendido en el banco de un parque cercano al puerto. La lenta persecución había robado casi una hora de la vida de ambos, hasta que el anciano apoyó el culo en una de las losas de granito con patas y dejó escapar lejanos recuerdos hacia la estrella de la mañana. Al chaval le parecía un éxtasis de manual, pero un éxtasis enfermizo y cruel, que concentraba las energías —cada día menores— en lo que pudo ser y no fue, en lo que ansiaba, pero olvidó, y en lo que aspiraba, pero a lo que también renunció.

A mediodía, Martín se agazapó por temor a ser descubierto y, desde una distancia prudencial, observó cómo el anciano retomaba el camino de vuelta. De este modo, inició una extraña práctica

que le ocupó buena parte del verano. Y es que había algo de estúpido, de pérdida de tiempo en ello, pero también algo de noble, donde su espionaje volvía menos trivial los pasos de aquel abuelo, y quizá incluso didáctico, desde un punto de vista infantil.

Algo aterrador despertaba en el rostro inquieto de la vejez mal curada, donde Áureo se torturaba bajo el sol e incluso sufría. Y aunque no existía prueba fehaciente de lo que Martín se decía para sí sobre el jubilado gallego, todo parecía indicar que su intuición primera se acercaba espantosamente a la verdad.

Martín confundía a menudo su insatisfecha curiosidad con un ingenuo interés por Áureo, hasta el punto de mentir a sus padres y amigos para reunir el tiempo suficiente que desperdiciar en aquel juego que, de llegar a saberlo, nadie entendería.

Asimismo, algunos transeúntes habían errado de un modo similar, y donde él veía curiosidad, otros habían llegado a ver malicia y un intento de jugarreta hacia ese pobre hombre quien, tostándose ausentemente bajo los rayos de un sol antagónico, resultaba lo suficiente anodino como para no acercársele hasta que, un día u otro, fuera necesario.

El chaval cultivó un interés sincero y, varios meses después, empezó a plantearse cómo podría conocer la historia de Áureo. Una historia repleta de huecos que había intentado llenar, pacientemente, escuchando a hurtadillas, preguntando a sus familiares y permaneciendo alerta en fiestas y celebraciones colectivas. Todo lo que había conseguido eran meros rasgos de un carácter afable y distante que se movía por el barrio con paso firme, que no tenía intención de volver a su provincia natal, que era soltero y que siempre lo fue, y que cualquier pregunta más allá de sus años en Correos, su trabajo y sus principales aficiones

—el fútbol, la música y el paseo matutino— eran ignoradas con un prolongado silencio.

Días más tarde no pudo evitar pensar que, de querer acercársele, hubiese sido mejor hacerlo aquel primer día, aunque si realmente jamás lo había visto reptando tras las esquinas y los portales de las calles cercanas al marítimo, poco cambiaba el asunto. Con esta idea en la mente, un Jueves Santo se acercó hasta uno de los bancos de piedra en los que el primero solía amodorrarse al sol. Frente a él, y pese a ser su idea primera, no consiguió decidirse a compartir asiento y su subconsciente no tardó en presentarle batalla.

—¿Por qué se sienta siempre al sol? — preguntó, inocente.

El viejo entreabrió los ojos, enrojecidos, y no pudo más que suspirar. Después, de entre sus muelas, surgió una respuesta que ya nadie esperaba.

Sol de mediodía

Tras varios intentos de fallida verborrea, el niño esperó paciente a que el sol del mediodía se calmase. Mientras, el anciano borboteaba sin desperdiciar ni uno solo de los rayos que el astro dejaba caer. Martín había visto esa escena decenas de veces ya, e imaginó que Áureo aprovecharía esos momentos de éxtasis para recordar lúcidamente su infancia y sus años de juventud tostándose en la plaza.

A medida que se aproximaba la media tarde, se percató de que el anciano rehuía menos sus preguntas y, si bien no intentó interrogar a alguien a quien solo conocía a través de la observación, no marchó a comer sin preguntarle si no pensaba volver a su pueblo natal.

Áureo, por su parte, contestó al joven con un conciso «no», y esperó a que se este se decidiese

a marchar antes de incorporarse de su asiento. No obstante, cuando el chaval se disponía a cruzar la esquina hacia las avenidas, el anciano solicitó al joven si, por casualidad, también volvería al puerto el día siguiente. Por el contrario, a Martín más que una pregunta inocente, aquello le pareció una súplica amarga que le robó el apetito hasta la cena.

La memoria del viejo se atemperó entonces con las nubes que había acercado la media tarde, y no tardó en cavilar hacia los maltratos en la aldea. Allí no era extraño que un niño trabajase desde muy tierna edad, y menos que recibiese un par de bofetadas de vez en cuando, recordó. Pero antes de dejar correr a la memoria en dirección contraria, rectificó y entró en el bar de la esquina, donde solía tomar el segundo almuerzo o la comida, dependiendo de la hora, y donde aquel martes embriagado de contacto humano había tenido que contentarse con una tardía merienda-cena. Aun así, nadie dijo nada a Áureo, quien se enfriaba los

sudores en una de las mesas de la entrada y se consumía un poco más que el día anterior.

A la mañana siguiente, Aureliano se acercó con la parsimonia habitual hacia el puerto y durante unos minutos Martín le persiguió sin poder desoír la fuerza de la costumbre. A diferencia de los días que precedieron este abrupto cambio que adventiciamente se había sucedido por tenacidad del joven colegial más que por azar, el viejo paseaba por las avenidas con un cruasán entre las zarpas, retomando una antigua costumbre que procedía de sus días de funcionario. Martín lo alcanzó en el Patio de los Almendros, cerca del Mercado del Mar y desde allí descendieron juntos, pero en silencio, hasta la estación marítima.

—Suelo sentarme en alguno de estos bancos a tomar un rato el sol —informó el viejo con aire ausente.

Martín, un poco cohibido, alcanzó a un simple cabeceo de ratificación, y sentó el culo junto

al viejo que ya miraba los barcos que atracaban el puerto y las sirenas de los mercancías que ponían a trabajar la maquinaria y se perdían en dirección a alta mar ganando velocidad por segundos.

—Hace tiempo que no trabaja, ¿eh? — comentó el chaval.

Áureo apartó la vista del paseo marítimo y observó a su joven compañero por un instante. Después, le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—No sé, parece algo que hace con mucha facilidad: sentarse aquí a mirar los barcos, pasar la mañana, pensar en cosas... Yo no podría estar quieto sin hacer nada ni una hora.

—Aprovecho para pensar —mintió Áureo.
—Me gusta mirar a los barcos e imaginar a dónde se dirigen. Ese debe ir hacia Algeciras, por ejemplo, ¿ves? Y el otro, quizá hacia Génova o Livorno. A Nápoles también creo que viajan una o

dos veces por semana, e incluso a Croacia, navegando alrededor de la Península itálica.

—¿Y por qué no sube a alguno de esos, don Áureo? —preguntó Martín, sin saber muy bien si el anciano era, simplemente, conocido así en el barrio, o bien era algo similar a un apelativo cariñoso por la espalda. Aureliano no puso pegas ante el sobrenombre, no obstante, y así quedó marcado.

—Ya soy viejo para eso, chico —dijo Áureo.

—¿Y cuando no lo era? —preguntó el joven.

—Pues estaba trabajando, supongo —contestó.

Ese día, Aureliano respondió escuetamente a la mayoría de las preguntas que su joven compañero le formulaba, rehuendo por sistema cualquier experiencia pasada o anécdota más allá del paseo marítimo y la oficina de Correos donde

se habían encuadrado los últimos cuarenta años de su vida, y probablemente también lo haría su vejez última.

Después, Martín intentó que Aureliano le hablase acerca de la vida en el pueblo. El crío consideraba que aquello debía ser un paraíso en comparación —o como mínimo un entorno bucólico impensable en su pequeña ciudad—, puesto que aquí, según él había podido comprobar, se pasaba de la escuela primaria al instituto y de allí a la universidad o al trabajo de oficina durante años. Con quince días de vacaciones que su padre mendigaba para ir a la playa o a la montaña, según el año, y con el sentimiento agridulce de seguir cumpliendo con la obligación durante trescientos sesenta y cinco días más como quien dice.

Sin embargo, solo habló de las dificultades que el campo acarreaba. Del duro trabajo desde primerísima hora, y de los problemas que solían ocasionar las sequías o el exceso de lluvias, en el caso gallego.

—¿No tiene familia por allí, don Áureo? —
inquirió el chaval.

—Lejana. Desconocidos ya, en realidad. Perdí el contacto con mis hermanas y, años después, murieron una tras otra. La más pequeña está en Argentina, y alguna vez me envía una carta o una postal durante las vacaciones. —Durante las continuas idas y venidas, Martín reparó que el hombre no denotaba pena por ello, sino más bien incomprensión.

Esa primera tarde, Aureliano le habló a Martín sobre todo lo que suponía el campo: hambre, trabajo duro y necesidad, pero aceptó que el contacto con la naturaleza, la libertad y la tranquilidad de una vida elegida eran puntos que él mismo había dejado atrás cuando había abandonado a su madre y a sus hermanas en la aldea.

Aun así, esperó a que el chaval marchase a comer para pensar de veras en su juventud, y

después se sumergió en ella durante largo rato. Recordando el genio de su padre, los continuos lamentos de su madre —una mujer joven postrada en la cama a causa de la cox de un caballo en la espina dorsal—, la falta de entendimiento de dos hermanas demasiado pequeñas...

Allí, bajo el sol del mediodía, recordó los continuos ataques de ansiedad que, por aquel entonces eran llamados achaques de juventud, mientras subía a sus hermanas y ayudaba a su padre al salir de la escuela. El padre, conocido en el pueblo por la rectitud de su carácter y por ser un hombre profundamente religioso, veía en su sino el castigo de un Dios, y pagaba su frustración con los suyos y muy especialmente con él, por ser el mayor de los tres y el hijo varón. No obstante, la repetición del hábito enseñó al joven gallego las ventajas de lo sencillo, incluso en tiempos de miseria y carencias.

Un día de final del verano, como el que Áureo relacionó en ese instante con el presente,

mientras recogía las herramientas de arar, vio cómo su padre forzaba a una de sus hermanas. Luego, corrió hacia la casa con todas sus fuerzas y con lágrimas en los ojos apartó a la pequeña de los tres y reventó en un griterío descontrolado junto a su madre, quien se negó a creer todo lo que salió de la boca de su primogénito.

Más tarde, cuando el padre llegó a la aldea con Ángela, su hermana menor, obligó a esta a encerrarse a solas en su habitación y fue a ver a su esposa, quien en un ataque de histeria se revolvía en la cama y se negaba a creer lo que su hijo mayor le había anunciado minutos antes. El padre de Aureliano negó de cabo a rabo las acusaciones del chiquillo y Aureliano recordaba aún aquella como la peor paliza que había recibido de manos de su padre. Medio muerto, fue lanzado a la puerta de la consulta del médico del pueblo y obligado a no decir ni mu sobre lo sucedido.

Siete semanas estuvo en cama debido a las heridas infringidas por su progenitor, quien de cara

a la galería se mantuvo recto y piadoso, y aprovechó la ausencia de este para seguir intimando horriblemente con la pequeña Ángela y, aun hoy, el viejo creía que también con María, la otra hermana.

Una noche, pocos días después de que Aureliano se recuperase, Ángela le arrastró de la cama hacia el establo, y le rogó que huyesen juntos hacia Madrid o Barcelona, grandes ciudades donde podrían ganarse la vida y perderse entre la multitud.

Aureliano recordaba todavía como lo pensó durante días y, finalmente, su conciencia, o su inconsciencia, no le permitieron abandonar a su madre tullida. El padre murió poco después, fruto de una reyerta tabernaria y un golpe mal dado en la sien, pero, para entonces, Ángela había subido a un carguero hacia Buenos Aires, buscando un poco de tranquilidad en las bravas aguas del Pacífico.

Martín no tardó en comprender que aquellos huecos en la historia eran fruto de la pena, y supuso acertadamente que el anciano no quería viajar ni tan siquiera con la mente hacia una época ya enterrada. Si bien Áureo hablaba de las tareas del campo, hilo conductor a través del que llegó a la ciudad, no eran estas plato de buen gusto. El viejo admitió que cuando su madre murió en cama, allí donde había vivido largos años; él marchó dejando al cargo de su hermana mayor a su padre, el cual no vivió más de cien días hasta caer a la tierra.

Áureo prefirió no acercarse al funeral, aunque jamás confesó esto a nadie, y mucho menos al joven Martín; en la aldea crio mala fama por ello, pero las obligaciones en Correos eran suficientemente desconocidos como para que la excusa valiese el esfuerzo. De cualquier modo, no volvió a Galicia jamás; tampoco cuando su hermana ni la familia que rondaba por ahí fueron cayendo hoyo tras hoyo.

Un mes de abril del año ochenta y tres Aureliano tuvo la oportunidad de salir a ver mundo por fin. El Ministerio había abierto inscripción para trabajos de largo alcance como una primera prueba de mensajería transatlántica.

El anciano señor Salinas, un indiano de padre cubano y madre española que fue repatriado a muy tierna edad antes de la Segunda República, cogió un cariño especial por Áureo, de quien sabía era conocedor de capitales, regiones, países y culturas, y propuso a este para uno de los tres puestos.

Tras concedérselo, solo era necesario un par de firmas, un sello y Aureliano se dirigiría hacia Bolivia, Ecuador, Colombia o el Uruguay como primer destino. Quizá Argentina o Brasil fuesen a continuación; los EE UU, el Canadá... ¡Qué arrogante el que metió el mundo entero dentro de un globo!

—Estaría usted varios años de arriba para abajo, ¿no? —preguntó el chaval desenvolviendo un bocadillo que compartía con el viejo por orden expresa de su madre. El anciano lanzó una dentellada y miró incrédulo a Martín.

—Chico, yo no me moví de la oficina. ¡Eso no era para mí! Demasiado ajeteo —le contestó Áureo, sin entender.

Aquella tarde Martín se levantó y se fue, incapaz de creer que las ilusiones y los miedos chocasen a ciertos niveles; tardó varios días en volver a visitar en el puerto al anciano, pero se lo encontró allí, de nuevo, con el rostro desencajado por el calor y un *déjà vu* de mil cosas que nunca sucedieron.

Sol que viaja al Oeste

Días después, Áureo miraba al mar melancólico. Quizá fue un proceso paulatino que, por primera

vez, Martín no pudo o no quiso observar. Ocurrió del mismo modo a cuando el café recalentado se hierve al darle la espalda por un instante, o cuando perdemos de vista la pantalla del televisor en el momento en que, por fin, una patada al balón alcanza la red. Así imaginó el joven el proceso, al ver cómo aquellos ojos miraban de un modo que nunca lo habían hecho, o como ya habían olvidado.

Ese fue el último día que Martín vio a Aureliano. Fue un martes de finales de verano, cuando el día se atempera a medida que la noche lo enfría; joven y viejo disfrutaron del sol con la Oficina de Correos detrás, hablaron de lo que uno y otro deseaban, entrechocando la audacia y la brillantez de la juventud con la experiencia cromada de la primera vejez; entonces, el chico no lo advirtió, pero su particular abuelo adoptivo había abandonado el pasado en todos los sentidos.

Cuando Martín marchó a merendar, sintió que sería la última vez que había podido alcanzar al viejo, y cuando volvió con el bocadillo, solo le

esperaba una nota con su nombre escrito a pluma. Era breve para una despedida, pues solo contaba con un consejo y la dirección, cuidadosamente transcrita, del consulado español en París. «No dejes que te detengan», le advertía su amigo.

A partir de ese día, Martín tuvo que buscar la compañía del viejo en las cartas que enviaba con incertidumbre a las embajadas y a los consulados de una ruta de viaje que reseguía con ayuda de un gran mapamundi, y que le resultó siempre tan inexacta como asombrosa.

Muchos años después, supo que habían encontrado a un viejo tostándose al sol en una vieja losa de piedra quebrada en el paseo marítimo de la ciudad de Göztepe. Allí, el anciano miraba al oeste, donde los barcos de mercancías abandonaban la zona portuaria en dirección a mil rincones del ancho mundo.

Por una deliciosa casualidad, una intérprete de español cruzó unas cuantas palabras con el

alegre abuelo en Dalyan Parki al atardecer quien, con el cielo teñido de rojo sangre, le confesó que no se sentía afortunado de haber visto tantos atardeceres, sino de haber podido ver tantos cielos distintos.

Martín recordó, nostálgico, la última postal que había recibido de don Áureo, la cual decía lo siguiente:

Edurne (Turquía)

8 de marzo de 1986

Joven amigo:

He dado media vuelta y vuelvo hacia los Pirineos desde la bota. No puedo soportar por más tiempo no ver mis pasos detrás; así, como si de una estela se tratase, siento la necesidad de crear un camino que seguir hasta el final.

Puedes escribir tu siguiente carta al consulado español en Istambul o en Ankara. Ya dejaré nota a los turcos que la envíen hacia delante si ya he sobrepasado ese tramo del viaje.

Confío que la próxima vez que pase por España te unas a mí, aunque sea por un tiempo. Y si para entonces ya he caído en algún lugar del ancho mundo, que sepas que tú fuiste mucho más clarividente que el mismo Machado en su famoso poema cuando dijiste que olvidásemos aquella segunda estrofa.

Con mucho cariño.

Tu amigo,

Áureo